

A mi inolvidable amigo
Sr. Sr. Dr. Nicolás
Jarama, tan grande
por su talento y cul-
tura, como por su
modestia.

Su afec. y S. S.,
R. Jarama Crespo.

Queneá, 26 de Agosto - 1918

A highly decorative, black and white initial letter 'M' with intricate, swirling flourishes and floral motifs. The letter is positioned at the start of the word 'MALVAROSA'.

MALVAROSA

860-1(866) Tamariz

6153

Ej. 1

MALVAROSA

POEMA

EN

DIEZ CANTOS

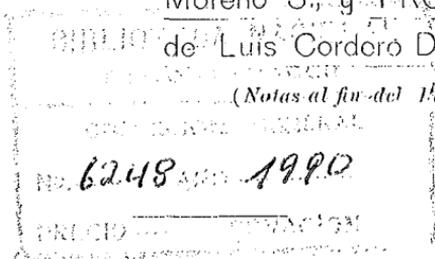
POR

R. Tamariz Crespo.

Con una SEMBLANZA
del autor por Miguel Angel
Moreno S., y PROLOGO

de Luis Cordero Dávila

(Notas al fin del Poema)

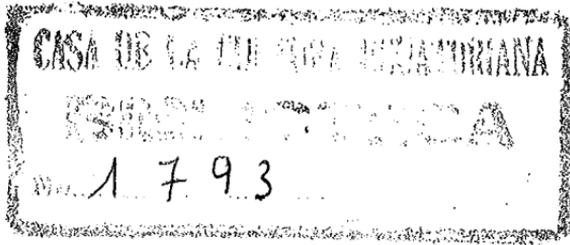


0001540 - Jc
Cuenca (Ecuador)

1918

Talleres de "El Progreso" - V. y H. Hues.

000000



DEDICATORIA

Sr. Dn.

Ricardo León.

Madrid.

Señor:

Desde este hermoso y apartado rincón de los Andes, va a Ud., llorosa y triste, mi MARGARITA INDIANA. Acójala indulgente; se lleva el tributo de mi admiración, y se pone bajo la égida del nombre glorioso de Ud., a que no la hieran—por breves instantes, a lo menos—el desdén y el olvido.

Su bondad me ha estimulado hidalgamente: debiale una ofrenda de gratitud, y como no tengo sino pobres cantos, se dedico **Malvaro-**

sa, pálida flor de esta tierra de ensueño, donde la pluma y la lira de Ud. han cautivado a todos los amantes del *Arte* y la *Belleza*.

Suplicándole acepte tan humilde dádiva, estrecha mi espíritu, al través de los mares, la mano generosa del maestro y del amigo.

Su estimador afmo. y obsecuernte S.,

Remigio Tamariz Crespo.

Cuenca, 10 de Julio de 1918.

SEMBLANZA

Fraternalmente conozco y quiero a Remigio Tamariz Crespo, y fraternalmente he de escribir de él estas líneas que me dicta el afecto.

Y luego, si aquí, en esta tierra humilde, donde es plácida la vida y son sinceros los afectos, no hay quien no simpatice con el bueno, con el genial, con el querido poeta Remigio Tamariz Crespo, nada habrá de extraño que, al trazar las presentes líneas en este como esbozo de la silueta de Tamariz, empiece por confesar que, ajeno a toda pretensión de crítico o de biógrafo, me propongo, ante todo, rendir homenaje espontáneo de admiración y afecto a una de las más brillantes figuras de nuestra juventud, y a quien, por ventura, me unen los lazos de la más íntima amistad.

*
* *

El nombre de Tamariz Crespo va gratamente unido al recuerdo de esa edad cuya evocación despierta en nuestra alma tantas saudades....

Era allá por los años de 1903 a 1904, cuando la juventud cuencana, de vuelta del vivac, y abandonando el arma que hubo empuñado en los campamentos de la guerra civil, cansada de aquella lucha desastrosa y digna de mejor suerte, tomó por los senderos del arte con afán inusitado. Una pléyade de inteligentes jóvenes reorganizó el "Licco de la Juventud" y el "Círculo Católico de Ciencias y Artes" que, en noble emulación, mantuvieron por mucho tiempo, para honra de nuestra tierra, las justas del pensamiento, en los serenos campos del saber y de la poesía.

Fué entonces también cuando un grupo de adolescentes soñadores, colegiales que frisábamos con los catorce o quince años, sentimos por primera vez el santo estímulo del arte, la sed de la adorable poesía, el amor a la Patria y a la gloria, y fundamos el "Ateneo Azuayo", que si nada llegó a ser al través del tiempo, fué la iniciación de muchos que han lucido con ventaja sus aptitudes en diversos órdenes de la vida social.

Presidíamos Tamariz Crespo, que hacía de jefe de la turba chacotera de estudiantes alegres que, en fuga del aula, se precipitaban a la campiña vecina y poblaban de travesuras y algazaras los valles y los cortijos; él, que sabía ser el pri-

mero en el aula, como batir el *record* en la carrera, el salto y el *box*; que decíamaba, elegantemente, versos patrióticos y hacía rimas para la primera novia; el más soñador y lírico de todos; y que era entonces un gallardo muchacho de tez pálida y ojos negros, que peinaba undosa cabellera de luengos rizos caídos sobre la frente espaciosa; él, que al prestigio que le daban su talento y su noble prosapia, unía un natural franco, expansivo e insinuante, y que, con nobleza de ideales, sabía aprovechar del ascendiente de que gozaba ante amigos y compañeros, para iniciar entre ellos labores de más trascendencia que los dulces devaneos de la primera edad.

¡Sesiones las del "Ateneo Azuayo"!

Reunidos en íntimo grupo, entre juego y juego, nos atrevíamos a todo, desde la poesía hasta la crítica, y desde la política hasta la filosofía.

Daniel Córdova cantaba a Víctor Hugo en versos rebeldes; José Rafael Burbano *bequerizaba* delicadamente; Agustín Cuesta dedicaba inspirados versos a la memoria de Acuña, y, en jirones de papel, guardaba en los bolsillos del chaleco sonetos románticos; Márquez y Corral hacían geniales revistas literarias. El malogrado Efrén Astudillo, católico inflexible y conservador hasta la intransigencia, ferviente admirador de García Moreno, al que soñaba en imitar, sostenía con Bayas y Córdova agrias polémicas políticas en las que le apoyaban el fogoso F. Moreno Mora y el modestísimo Santiago Vázquez que, silenciosamente, se dedicaba a serios estudios religio-

sos; F. Arízaga nos probaba ser dueño de una musa juguetona cuyos primeros chispazos pudimos apreciar, y otros, Abad, Regalado, Ullauri, y cuántos más cuyos nombres se me escapan por el momento.

Eramos muchos, y ¡cuán pocos los que vamos quedando!

Tres lustros han bastado para que el grupo juvenil de entonces se esfumara en los senderos de la vida. ¡Tántas esperanzas que se desvanecieron! ¡tántas yemas que no llegaron a botón!... No hay duda, la vida tiene sumideros donde desaparece la onda cristalina de la juventud, llevándose a la nada tesoros de ilusiones y de ensueños.

En el "Ateneo" empezó su carrera literaria Remigio Tamariz Crespo, para llegar a ser hoy, entre los jóvenes poetas de su tierra, uno de los más representativos de su generación.

Poco después de fundado dicho Centro, pasó a ser socio activo del "Círculo Católico", en el que obtuvo el cargo de Secretario, y varias ocasiones fué su representante en esas Veladas Literario-filarmónicas que fueron gratísimo solaz en nuestra incipiente vida ciudadana, y en las cuales se daba cita lo escogido de nuestra sociedad, para aplaudir a noveles poetas y oradores que ensayaban sus bríos en plausibles torneos de cultura y de talento.

Tamariz Crespo ha sido un constante trabajador intelectual, y como a tal le ha distinguido la juventud de su tierra. Cuando se convocó el Segundo Congreso de Estudiantes de la Gran Co-

lombia, delególe nuestra juventud universitaria para que la representara en Caracas; por razones particulares no aceptó el cargo, y aunque bien representados estuvimos por los compañeros Córdova y Burbano, en esa ocasión, no nos fué dado a los estudiantes cuencanos exhibir en tierras extranjeras a uno de los cerebros más vigorosos de nuestro tiempo.

Coronó en la Universidad del Azuay, lucidamente, su carrera de abogado, y no obstante los pocos años que lleva de ejercer su profesión, es Vocal de la Academia de Abogados del Azuay y Socio colaborador de la de Quito; Miembro fundador de la Sociedad Ecuatoriana de Derecho Internacional y Conjuez permanente de la Corte Superior de Justicia.

Iniciador de nobles empresas, fué él quien concibió el proyecto de fundar la "Academia del Azuay", centro politécnico que llegó a dirigir el laureado vate don Remigio Crespo Toral, con el afán de compactar las fuerzas intelectuales y artísticas del país, y Tamariz Crespo fué su primer Secretario. La Academia fué un bello sueño, y como tal, efímero; pero también, una idea, una semilla lanzada en el surco, donde algún día renacerá lozana y se coronará de flores.

Poeta por vocación, soñador por temperamento, lírico de alma y de corazón, del fondo mismo de la vida, que tantas amarguras esconde, y en cuyo tráfago vemos escollar tantas bellas promesas, Tamariz Crespo ha sacado ileso—tal vez a trueque de lo que la gran mayoría llama fe-

licidad—su más puro ensueño, el ideal incomprendido, la visión ultraterrena de las cosas. Por compensación, aquí donde no son frecuentes los torneos intelectuales ni se prodiga laureles, Tamariz ha conquistado merecidos galardones. Su “Canto a la Juventud” obtuvo en 1906 el primer *accessit* en el concurso promovido por la revista “Guayaquil Artístico”, y en 1916, su poema religioso-político “La Consagración de! Ecuador” fué galardonado con la lira de plata en el certamen abierto por “El Social” de Riobamba.

A pesar de su modestia, ajena al *reclame* y a los vientos de la publicidad, ha merecido honrosas distinciones de parte de Corporaciones y críticos extranjeros; distinciones tanto más valiosas, cuanto menos conocido es allá su nombre, y se juzga únicamente el mérito de la obra del artista.

Tamariz no se ha recluso en la torre de marfil de los poetas; ha prodigado su talento y ha prestado el concurso de su actividad a toda clase de empresas tendientes al bien de la Patria y al lustre de las letras. En el palenque público, ha servido gallardamente a la causa de sus mayores; ha fundado periódicos de combate y sociedades políticas; ha luchado como valiente en tiempos de prueba para la causa Católica. Ha sido, como hoy se dice, el *leader* de la juventud conservadora del Azuay. Con otros bizarros paladines del conservatismo, fundó y redactó “La República” y “La Voz del Sur”, y ha colaborado en casi todos los periódicos de su partido, al que pertenece por convicción y con sinceridad de creyente.

*
* *

La obra literaria de Tamariz Crespo, la que no ha quedado inédita, corre dispersa en revistas y periódicos; de ahí que no se preste muy fácilmente a una visión de conjunto.

Sin embargo, a poco de fijar la atención, se presenta su labor clara y nítida en la forma, robusta y sana en la inspiración, sentida y *vivida* en la concepción, y hecha con plena conciencia, si se la juzga como manifestación cultural de un temperamento artístico.

Desde su iniciación literaria hasta la fecha, yo me represento la obra de Tamariz como una gallarda curva que va ascendiendo suave, pero firmemente a los dominios del arte.

Poeta de buena cepa, equilibrado y consciente, su evolución se ha efectuado dentro de la corriente literaria seguida por los poetas ecuatorianos de las últimas décadas. Es en absoluto ajeno a las extravagantes originalidades de los modernistas de América; y esto no obstante, la estirpe de su musa, llena de frescura y donaire, es moderna, y más por el sentimiento que por la expresión. Su alma, que sabe de todas las inquietudes de la vida contemporánea, que inquiere lo absoluto, lo incomprendido, sufre, por consiguiente, todas las angustias que dan de sí la exploración del más allá y el anhelo de comprender los arcanos del propio espíritu.

Como ocurre con los poetas que no encierran su inspiración en los marcos de una escuela de-

terminada, Tamariz Crespo es vario, multiforme, ecléctico, y su numen, delicado, sutil y facetado, puede sorprender y sorprende todas las delicadezas y matices del sentir moderno, y amolda el pensamiento a una forma grácil y vibrante que, en onda musical, hace por seguir los giros y las modalidades del sentimiento y de la emoción.

En sus primeros cantos—hijos del medio ambiente y reflejos de la índole de nuestra raza, incansable batalladora por los ideales político-religiosos y por las revoluciones sociales— cantos a la Patria, a sus héroes y a la libertad, no obstante los defectos propios de esa clase de poesía, se advierte ya al poeta de claro talento, al rimador audaz y pródigo en imágenes felices; al poeta que, pasados los fervores de la juventud, en la serenidad de la vida, y, más aún, en la plenitud de la conciencia creadora, había de ahondar el auto análisis, sutilizar el concepto, perfeccionar el troquel de la idea, universalizando la visión poética y reflejando la psicología de la época, en obras más humanas y artísticas.

En "Lucía", uno de los más bellos poemas de Tamariz Crespo, se afianza la personalidad del poeta definitivo. Aparece el paisajista insigne, de portentosa fuerza evocadora. Las riberas del Paute undoso y transparente, plenas de aire y de sol bajo el azul purísimo del cielo, exuberantes de vegetación y pródigas en colores y armonías, tienen en el poema de Tamariz tal fidelidad de traslado, que se diría que el poeta invade los dominios de los artistas de pincel.

Preciso es notarlo: el paisaje en las poesías de Tamariz, no constituye sólo un factor de emoción: es el ambiente mismo de sus poemas. Sus cuadros son escenarios donde se desarrollan dramas, y es la pasión y la psicología de los personajes lo que comunica vida a los poemas de Tamariz. No siente él la obsesión simbolista por la naturaleza inanimada, que tanto ha dado que hacer a los naturalistas, y que sí, en verdad, tiene mucho de bello y de sugerente en algunas obras maestras, en las mediocres, no ha servido sino para desprestigiar la escuela.

Tamariz pinta la naturaleza que nos rodea por amor a la tierra que nos viera nacer, y porque a esos campos está ligado el motivo de su sensibilidad. Así, la emoción que sugieren sus cuadros, es la emoción sincera y humana de la naturaleza idealizada por el arte.

Al juzgar a "Lucía", se habló del *criollismo* de la poesía de Tamariz, en quien señalóse al poeta nacional—tal vez regional—por excelencia; pero, cúmplenos decir, todos, o casi todos, repararon únicamente en los paisajes del poema; y muy pocos pararon mientes en la psicología de los personajes de "Lucía", que, bien mirados, más son exóticos que criollos, ya que tienen rara subjetividad, y una complicación de pasiones y sentimientos, que bien merecen estudiarse, por ser notas características del lirismo de Tamariz.

Se habló también del romanticismo del poeta, y hasta hallósele contradictorio.

Sutil y complicada es el alma moderna, y su-

til y complicado es el espíritu de Tamariz, quien, ante todo, es hijo de su siglo, y sufre del *mal del siglo*. Por algo habrá dicho un ilustre crítico: "No se puede impunemente ser poeta".

Es claro, en nuestra vida humilde, de rusticidad aldeana y de costumbres patriarcales, no se concibe el tedio por haber gozado todo; pero sí hay muchos que han sentido todo: el mal nos viene de lejos, al través de los mares y salvando las cordilleras; el mal nos viene en los libros, y llevamos su tósigo en el alma. Así se explica que en medio de la paz idílica de nuestros campos primaverales, apartados de la gran agitación del mundo, seamos tristes por nostalgia de lo presente; complicados y contradictorios, casi excépticos, por contagio, y que viviendo vida espiritual ajena al medio ambiente, sintamos de modo intenso el dolor de la vida, y seamos, en suma, muy desdichados. . . . Y así se explica también el lirismo doloroso y contradictorio de Tamariz Crespo en "Lucía", el cual, por otra parte, tiene mucho del malestar psicológico de nuestra juventud, de la que no sería fácil decir a ciencia cierta, si va perdiendo el rumbo a fuerza de soñar, o sólo es víctima de agitación pasajera, que no frustrará su orientación definitiva. . . . Y porque así siente y piensa el amante de "Lucía", él es casi un símbolo de esta generación enferma de nerviosismo, que en medio de su aparente calma y de su equilibrio moral, pierde en secretas y tormentosas inquietudes los bríos de la volun-

tad, y exagera el sentimiento hasta tocar los límites de la angustia.

En este concepto, "Lucía" es muy de nuestro tiempo y prueba que su autor conoce la psicología de su época, y, de todos modos, su lirismo resulta sincero y trascendente.

*
* *
*

Desde el campo romántico y sentimental, por explicable evolución, pasó el poeta al del objetivismo, a la visión de la realidad; y viene MALVAROSA, poema en el que nos es dable apreciar otra faz, otro aspecto de la personalidad de Tamariz.

En este bello poema que hoy sale a luz, no debo ocuparme ni ligeramente; espero que él será analizado por críticos de verdad. Por de pronto, ha tenido ya la fortuna de merecer un juicio acabado del brillante escritor y poeta don Luis Cordero Dávila.

El resto de su obra permanece inédito. Están en preparación, "Poema oscuro", de carácter psicológico, y "Cantos Primitivos", sobre motivos cósmicos, y en los cuales, a la par que la poderosa imaginación del autor, se admira otro aspecto de la inspiración del poeta, cual es la robustez del estro, que al cantar grandes motivos, sabe hacerlo con la gallardía de los más elevados épicos, deslumbrando con su fogosa fantasía, que cincela en oro bellísimas estrofas.

Inéditos guarda los siguientes libros, en verso:

"*Fe, Patriotismo y Amor*", "*Baladas del Bosque*" y "*Voces de la Adolescencia*"—en este último se publicarán también las poesías de igual título del inspirado poeta Gonzalo Cordero Dávila—; y en prosa: "*Miscelánea*", colección de discursos, artículos varios, cuentos y poemas en prosa, y "*Dos almas*", novela de carácter regional.

La labor de Tamariz ha sido intensa y fecunda, para lo cual han contribuido su fuerza imaginativa y su absoluto dominio de la forma. Existe en él un paralelismo entre la idea y la expresión; no bien siente en el alma la inspiración, ya encuentra la forma acabada y artística con que viste sus poemas; y ello no obstante, su labor no se resiente de ligera: sus rimas son siempre de factura impecable.

Más de una vez he comprobado lo que dejo expuesto.

Y aquí de un recuerdo íntimo.

Una tarde de Abril, sin saber por qué ni cómo, nos encontramos solos en la orilla de nuestro río, mirando hacia un lado el campo monótono y tranquilo, y hacia el otro, la ciudad que empezaba a adormirse; se nos entró alma adentro la tristeza del crepúsculo, y se puso nuestro dolor a flor de labio. Hablamos mucho, hablamos de tantas esperanzas que se van muriendo; y, haciéndolos propios, repetimos los dulcísimos versos de Rubén Darío:

Juventud, divino tesoro,
ya te vas para no volver! . . .

Pedí entonces a Tamariz que cantara esa "elegía de la juventud" que tan cruelmente nos estremecía el alma. Entonces él, casi de seguida, me dictó estrofas tan bellas y sentidas como las siguientes, que tomo al acaso de entre las muchas que compuso aquella tarde:

"Es la linde fatal; en la distancia
se esfuman los paisajes de la aurora;
de lejanos jardines la fragancia
llega en alas del cófiro que llora.

Siento frío; las sombras se acercan;
son notas de ultratumba los rumores;
los destellos del sol no me iluminan,
y, huérfanas del sol, mueren mis flores...

¡Tengo frío, Señor!... La última lumbre
dora la inmensa soledad del cielo,
y aurólas de sangre da a la cumbre,
y a mis angustias, un fulgor de duelo.

.....

¿En dónde están las rosas matinales
con que anhelé ceñir la frente de *Ella*?
¡Trocéronse en adelfas funerales
cuando en las sombras se ocultó mi estrella!...

Esta otoñal tristeza me consume;
esta callada angustia me tortura:
de las rosas de amor, dame el perfume;
dame un beso no más de la ventura.

Señor, mueren sin eco mis clamores...
La saña enfrena de mi duelo alevé;
¡ten piedad de mi ensueño y mis amores,
golondrinas que cantan en la nieve!

Presto vendrán las horas funerarias,
las horas del dolor y del otoño,
y mi lira tendrá sólo plegarias,
y en mi mustio rosal no habrá un retoño.

Se apagará en oscura lontananza
el resplandor de mi infecundo día,
y la postrera flor de mi esperanza,
será la triste flor de la elegía.

¡Señor, que entonces yazgan mis despojos
en la florida margen de mi río,
y que lloren mi adiós los crueles ojos
que no lloraron el tormento mío!...”

En este otro verso del poeta nicaragüense:

“Mi juventud, ¿fué juventud la mía?”

se cristalizó la emoción del momento. Y en vano pedí al cantor que pusiera una nota de amargo excepticismo en esa “Elegía”, que la compuso para mí; fué imposible: Tamariz, ante todo, es sincero, y, en medio de su dolor, espera... espera dulcemente...

Recuerdo que entonces le dije, parodiando la frase de Rusiñol cuando habla de los crepúsculos: quien así siente y canta sus dolores, “no puede quejarse de la vida”....

Frase que le repito ahora.

MIGUEL ANGEL MORENO S.

A highly decorative, black and white initial letter 'P' with intricate scrollwork and flourishes extending to the left and bottom. It is positioned at the start of the word 'PRÓLOGO'.

PRÓLOGO

REMIGIO TAMARIZ CRESPO.

Gallarda figura de caballero del arte,
es la de este buen mancebo, que
así embraza el escudo de las con-
tiendas políticas, como se pone a cace-
ría con las mariposas azules del ensueño.

Sabe del hierro y del oro; y tras cada
mandoble de doctrina, gusta de un baño
de Castalia.

Su frente de pálidas serenidades, es
reveladora, como un pedazo de mármol,
a furto, en tierras de arqueología; y su
corazón es dulce como una manzana de
otoño.

Al poner los gavilanes de mi pluma, en
estas páginas en blanco de su poema, no

vengo a hacer crítica, porque ni para ello tengo autoridad, ni de élla ha menester quien tan de recto camina por los abiertos campos del ideal. No han de ser manos imbeles, como las mías, las que pretendan escombrarle rutas, cuando de maestro son las que, de continuo, andan a sacudirle el pandero, lleno de los dorados cascabeles de la fama.

Desinteresado amator de toda belleza, pláceme su culto en las calladas contemplaciones del alma; y no habría roto mi viejo silencio, si del silencio no se hubiese hecho, en tierras azuayas, fórmula y religión del egoísmo.

Palabras, si vacías de hermosura, ricas de calor y sinceridad, tienen pues de ser, estas, con que presente a MALVAROSA, florido exponente de olvidadas juventudes; y robusto mugrón, de castellana cepa, en estas dulces serranías de la América indiana,

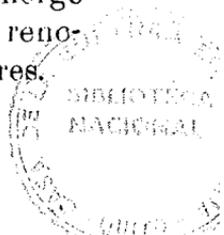
Mas, no se crea que, haciendo traición al poeta y en perjuicio de la integridad de emociones del lector, venga a exponer aquí, el proceso psicológico del poema. ¡Lejos de mí tamaña aberración! Procedimientos de esa clase, explícanse en estudios que no preceden a la obra exhi-

vida; pero en un prefacio, en un prólogo, sobre ser inútiles, resultan bárbaros. ¿Con qué fin anticipar en plebeya prosa, lo que en floridos versos va a decir el poeta?

No voy, pues, a poner a cordel y escuadra, las doradas parcelas de este huerto criollo, ni menos a triturar, en almi-rez de retórica, el oro y la grana de sus frutos, so pretexto de extraerles la almendra.

Pasaré, libando de flor en flor, como el volandero chupamirtos de nuestros jardines, para escanciar algunas gotas de miel a mis lectores, gotas que les apunten el goloso camino del panal.

Malvarosa es, de seguro, la obra de mayor aliento, entre las de su inspirado autor: arranca de ese doble concepto del arte, que de antaño caracteriza su manera poética: obsesionante visión de las galas externas de la Naturaleza; romántica idealización de todas las facetas del proceso humano. Escrita con nervio, recuerda a Nuñez de Arce, en sus obras de acercamiento a la vida, y como en *La Pesca* del gran poeta vallizoletano, emerge de las páginas de *Malvarosa*, la renovadora intuición de las cosas vulgares.



¡ Lástima que todavía, el barro saludable y fecundo de la realidad, no aparezca completamente depurado, de los recortes de oropel y piedrecillas de relumbrón, con que ciertas escuelas, gustan amasar la carne de sus creaciones artísticas!

Una moza de cortijo, un gañán de cordel, y un pichón de gamonal *, hacen toda la trama de este magnífico esbozo de poesía del terruño. Abórdase en él, aunque en forma indirecta, uno de los más complejos y dolorosos problemas, de lo que bien pudiéramos llamar, nuestra Sociología criolla.

Es la ineludible prolongación subterránea del drama inacabado de la Conquista. La última contienda de dos razas, antes de refundirse en la nueva y definitiva unidad étnica. El poema, en fin, del amor y de la sangre, que se rebelan pujantes, contra el imperio brutal de los hechos consumados.

El tema es de grande virtualidad poética; tiene hondas raíces humanas; acendra jugos de tierra nativa; y presta base

* *Gamonal*.—El ricacho o cacique de pueblo, acepción americana que no trae el Diccionario.—Ricardo Palma.—“Papeletas lexicográficas”.—Lima. 1903.

y motivo para un cuadro de vigoroso relieve y amplias perspectivas; todo ello destacándose entre el oro y la púrpura de una decoración tropical.

La visión del poeta es intensa y abri-llantadora, pero antes de detalle que de conjunto. Su predilección llévale, de continuo, al amor virgiliano de pájaros y flores, con cierta *non curanza* de la salvaje pero soberbia arquitectura del mundo geológico. Esa poesía enorme de los relieves y roturas y plegamientos de la costra de la tierra, de que tanto partido supo sacar Verdagner, ha debido preocupar más hondamente al poeta, en la descripción del estuario del Paute, donde los gigantescos levantamientos y tajaduras de las rocas del *Tahual*, hacen, como diría Montalvo, uno de los gestos, más grandiosos y obsesionantes, de la Naturaleza.

En las cálidas vegas de esa manga azuaya del Amazonas, que ya revienta en espumas de abismo o ya riega a flor de tierra el azulado montón de sus cristales, da solar el poeta, al triste episodio de su poema:

«Alzase, al Norte, un murallón de rocas
por cuyo enhiesto y escabroso flanco,

cual sierpe gigantesca, en iras locas,
salta un torrente mugidor y blanco;

que al pic, batiendo la revuelta arcilla,
rompe en los cantos su ímpetu sonoro,
y forma nubes, donde el iris brilla
como una inmensa mariposa de oro.»

¿Quién no recuerda, al leer estas estrofas, de sonido y fulgor metálicos, a Heredia y sus continuadores, especie de bardos sagrados del culto de las cataratas en América?

Tras la descripción sintética del escenario, vienen las de pormenor, en las que Tamariz Crespo, alardea del epíteto coloreado y vivaz, con que la técnica paciente y sabia de Andrés Bello, logró, por obra de poesía, trasplantar la naturaleza del trópico a las páginas escuetas de un libro en blanco, desde entonces inmortal.

«Allí, sus plumas el maizal altivo,
cual bélicos penachos, gallardea,
y el trival, como lago de oro vivo,
con metálico són, al viento ondea.

El húmedo alverjal, glauco y dorado,
luce blancas y lívidas corolas,
y el alfalfar con su cendal morado
mueven las auras en cambiantes olas.»

Al amor de las bardas de la huerta,
entre las plantas caseras:

«Predilectos del amo, lozanean
los indianos pimientos, con puntales,
entre cuya esmeralda colorean
los frutos, como fúlgidos corales.»

y luego, hechizando las pupilas y engo-
locinando el paladar:

«Como tímida boca que sonrío,
abre el granado la carmínea gema
donde Natura, en néctares, deslío
el mágico rubí de su diadema.

Pero tapias de huerto y setos de par-
cela no son para su espíritu, y el poeta,
a plena visión de campo sin lindero ni
dueño, recorre los barbechos, asciende
por los riscos, se enreda en los jarales
y apura el estro en la reintegración mi-
nuciosa, demasiado minuciosa, del paisa-
je campesino.

«El pródigo maguey de hojas lucientes
cunde en alcores, bardas y ribazos,
y el gigantón, en breñas y pendientes,
levanta airoso los floridos brazos.

Duraznos y manzanas colorean
cual pudibundos rostros virginales,
y, entre lujosas ramas, balancean
sus campanillas de oro los petales.»

Y así, en bellísima aunque repetida sucesión, va en romerías de floresta, desde el corpulento *cañaro*:

«frísol arbóreo de llameantes flores»,

hasta la rastrera *retama*, que revienta en millones de mariposas de oro,

«dorando rutas, playas y colinas»,

y logra, por arte de colorido local, precisar la ubicación de su poema, sobre un mapa de linda policromía, trazado con pájaros y flores del terruño.

Después de estas exquisiteces de fitología pictórica, aparece ya el elemento humano; la agrupación étnica; la sociedad agraria; ese pedazo, en fin, de humanidad semiprimitiva, que llamamos aldea, tan rica de sanidad y sugestión y con la cual tan honda y fecundamente se encarna el alma de los grandes poetas modernos:

«Entre tanto tesoro y hermosura,
vive una honrada y laboriosa gente:
con una santa providencia: el Cura,
y una sombra fatídica: el Teniente».

Nada más gráfico, y sobrio a la vez, que esta cristalización de nuestro concep-

to tradicional, del pueblo de serranía; supervivencia colonial, agregado político-religioso, que subsiste a base de fe y de notaría, y que tiene todas las dulzuras de la creencia y todas las monotonías de la judicatura.

En la presentación de los personajes triunfa también, a menudo, el poeta. *Malvarosa* tiene:

...la sangre en flor de los claveles....
..... ¡y es morena,
como que el sol la ha devorado a besos!

.....

ella, el rebaño, a los rastrojos, saca;

y cuando

llama, y la turba de aves la rodea,
hunde en el cesto las rosadas manos
y echa al montón que grita y aletea,
en lluvia de oro, del maíz los granos.

¡Estrofa digna de la paleta de Goya!
La mente, no podrá olvidar esos cuatro
versos, jugosos y sencillos, que son una
revelación para cuantos sabemos de al-
mas y costumbres campesinas, y en los
cuales, por tan fácil manera, tantos ele-
mentos de sugestión se han sabido ence-
rrar. ¡Oro de alba en tierras calientes;

soleado patiecillo de bohío, con setos de maguey y franjas de amapola y verbená; fresca música y sedeña policromía de aves en tumulto; y lluvia de maíces como perlas y corales; y moza de campo sana y garrida! ¡Esta página de ingenua rusticidad, tiene de poner mocedades de belleza y jugos de poesía, hasta en los más rancios espíritus y empolvados corazones!

Juan del Romeral, es:

alto, de recios miembros; bronceada la faz, donde contrasta la dulzura con el vigor; la frente sombreada por una greña rígida y oscura.

.....

es el mejor bracero de la aldea....

.....

de natural hurafío....

mira mucho, habla poco y nada finge;

y puede, según el Cura:

desjarretar de un puñetazo un toro.

Es el Ursus de Ligia, tan a menudo repetido en las agrupaciones humanas, donde impera el régimen primitivo: la naturaleza ahogándose en el vigor de la carne; la fuerza de músculos de acero en

una sola pieza con las bonomías de un natural hurafío y cobarde: todo lo cual no impide, que, en veces, dentro un recio pecho de jayán, floresca un dulce diamante de filosofía.

Don Luis, hijo del rico estanciero don Cosme de Pedrales:

.....tiene en sus ojos
el brillo azul del retemplado acero;
rizos áurcos, faz nívea....

Y fué en su niñez:

un ángel bueno;
mas, a fuerza de mimos maternas,
trocáronse en caprichos sus deseos
y adquirió su altivez ínfulas reales.

Así, torcido en los primeros años,
creció mal. No le amaron: le temieron,
y, en vil complicidad, propios y extraños,
halagándolo siempre, lo perdieron....

En la pintura de escenas agrarias, propias del terruño azuayo, ostenta la de la *mínga*, amalgama de fiesta y de trabajo, soberbias pinceladas; y el poeta, con particular maestría en esta vez, engasta en ella, un idilio, no de almibaradas falsificaciones, sino de la más sobria y verídica realidad: el diálogo, limpio de retó-

ricas de escuela, es bellamente vulgar y humano:

...Marta le dijo:
estoy de *minga*, Juan, ven a mi choza,
y el *mingado* mejor serás de fijo.

Y ya en el campo de la escarda, florecido de faldas y jubones de color, bajo la gloria de sol que chispea en el metal de las azadas y hace humo en despojos de cizañas y espinares,

refan los zagales y los mozos,
como suelen reír los campesinos
aplaudiendo sus dichos salerosos.

Malvarosa, que con la cuba de barro repleta de mosto de maíz, anda por ahí, adivinando fatigas y aplacando ardores, averigua por Juan, y alguien le dice:

trabaja ese gañan como una fiera,
ya debe estar al fin del sembradío.

Ella acude a buscarlo y, tendiéndole la jícara que rebcza oro y frescura, exclama:

bajo este sol abrasador que cnerva,
trabajas sin descanso ¡y tñ sereno!
¡Vas a acabar tu solo la deshierba!
Dios te lo pague, Juan: ¡eres tan bueno!...

—El la miró, callado y dolorido,
como se mira siempre el bien lejano....

.....

y dijo: si es tu tierra, *Malvarosa*,
¡qué mucho que la rieguen mis sudores!

.....

por vez primera, ha meses, te vi en misa
y pensé, *Malvarosa*....

que la decía el cura muy de prisa.

.....

Trémulo y sin color, el triste hablaba
henchido su mirar de extraño fuego....

.....

Torturando el cairel de su corpiño,
Malvarosa le oyó, pálida, huraña,
como airado reproche escucha un niño....

.....

Luego miróle, y en su rostro hermoso
carmínea luz rieló la primavera,
y díjole en arrullo melodioso:

—¡Confía, Juan: será lo que Dios quiera!

El retrato de Don Cosme de Pedrales,
y la pintura de su casa de campo, es
otro de los mayores aciertos del poema,
y en el que más de bulto quizá, se des-
taca la poderosa influencia de Núñez de
Arce:

Allá, en la linde de vistosa vega,
entre un huerto de palmas y frutales,

se alcanza a ver la casa solariega
del soberbio Don Cosme de Pedrales;
vieja mansión de pintorreados muros
en la que el polvo de los siglos flota....

Esplende en el salón, amplio y vacío,
cual pupila del tiempo, roto espejo,
y en un lienzo, enigmático y sombrío,
yérguese adusto un castellano viejo.

Reinan allí la paz y la tristeza....
y se aspiran incógnitas fragancias;
tenues perfumes de un jardín lejano,
perfumes del recuerdo y del olvido,
que inebrian siempre al corazón humano
que ama lo triste, lo imposible y lo ido....

Don Cosme:

alto, fuerte, gentil; tiene la dura
majestad del antiguo castellano:
su talante reclama la armadura;
el cetro medioeval pide su mano.

Nubla su faz un aire de tristeza:
—¿evoca siempre el muerto poderío?—
¡la última luz de atávica grandeza
prende en sus ojos resplandor sombrío!
Baja ya la pendiente de la vida,
y aun se yergue ante el tiempo, desdeñoso,
pues opone del tiempo a la embestida
su recia complexión de roble añoso....

Después de estrofas de tan concentra-
da virtualidad y heráldica prosapia, ya

el lector estará renegando de estos atajos de mi prosa, y sediento de entrarse a todo remo por el diáfano caudal de tan llamativo poema.

Vaya, pues, a paladear de dulzuras, como la de la serenata de serranía:

Cantó el coro los cantos de la tierra,
aquellos cantos con calor de entrañas;
tristes como las tardes de la sierra;
dulces como el amor en las cabañas.

Y ya, puertas adentro, con la galanía de la murga maleante y hechicera, a llama de tueros,

.....por las rendijas de postigos viejos
surge la luz de la rural velada
en divergentes haces de reflejos....

.....

.....Entre el murmullo
de voces, y los cantos de la fiesta,
la risa de la aldeana era un arrullo
más dulce que los ritmos de la orquesta....

Y, tras este búcaro de agua de rosas, punto final!

Basta con lo transcrito, para que, por tales muestras, se adivine la riqueza del filón. Dispersos en las páginas del poema; abundan pormenores de acierto y hermo-

sura, que no es posible recapitular en la breve síntesis de un prefacio de libro.

Lástima que el delicado propósito de no tocar el argumento, me impida hacer observaciones, que no estarían fuera de lugar en estas líneas. De no ser así, algo habría dicho de la nota trascendente de que tanto gusta Tamariz Crespo, con menoscabo, no hay duda, de la realeza y fueros de la poesía. *Malvarosa* no es caso de excepción en su obra: también en ella, intenciones de apólogo, andan a deslustrar el oro del arte puro; y esto, no será quizá del agrado de quienes la anhelan, a fuego de crisol y peso de quitatera. Yo no estoy, no puedo estar de acuerdo, con los sibaritas del arte, que han creado la moderna idolatría de la belleza, pero tampoco, con quienes la convierten en servil instrumento de propaganda, dando, a su fulgor de hermosura, cierto desnaturalizado caries de utilitarismo moral; y en poetas como Tamariz Crespo, tan ingenuamente romántico y tan austeramente cristiano, resulta esto tanto más paradójico, cuanto que en no pocas ocasiones, para *hacer filosofía* y *hacer moral*, tienen de acudir a socorridos procedimientos de extracción natu-

ralista, como sucede, en cierta escabrosa escena de *Malvarosa*, que yo no quiero ni debo aplaudir. En todo caso, aun echando en saco roto la eterna sabiduría del viejo apotegma del fin y los medios, no hay que olvidar que en los gabinetes del arte y de la vida pueden más las comezónes de la carne que los correctivos del espíritu.

Habríamos también deseado mayor condensación lírica; más economía; menos versos; porque, la extrema amplitud, no se aviene con las urgencias y fatigas de la vida moderna tan nerviosa y tan fugaz, y porque, hasta en el orden puramente estético, cuadra con exactitud al poema, lo que sabiamente dijo Olmedo del sol de los ocasos, que: *en mayor disco menos luz ofrece.*

¡Siga el buen poeta por la senda comenzada; no olvide demasiado las normas artísticas del tiempo en que le tocó nacer; relegue las descripciones a segundo término, para que el marco no usurpe la primacía del lienzo; explote las esotéricas riquezas de la melodía y del ritmo; sondee en lo complejo y amargo del alma contemporánea; y siga regalando a los amantes de las musas, con nuevas

hermanas de *Malvarosa*, teniendo presente, eso sí, que nunca la Naturaleza hace dos cosas iguales!

Y ahora, para concluir, exclamaré:

¡Dichoso quien tan bellamente invierte el orden de las cosas!

¡Con una rama del árbol de la ciencia del bien y del mal, con una florida rama de manzano, había de ceñir yo la cabeza de este trovador que todavía, en horas de tragedia y en tierras sembradas de sal, acierta con tan bellos romances de arte y de amor....!

LUIS CORDERO DÁVILA.

Cuenca, Agosto 1º de 1918.



CANTO PRIMERO ⁽¹⁾

Hacia el oriente, donde más fulgura
el sol fecundo de la patria mía;
en un valle de espléndida hermosura,
que sonríe en perpetua lozanía,

oculta entre arboledas y maizales,
cual perla en esmeraldas escondida,
ostenta sus encantos virginales,
—flor gentil de la sierra—*La Florida;*

aldehuela sin prez y sin historia;
edén para el amor y la tristeza,
pues ella tiene de la paz la gloria,
y el hechizo inmortal de la belleza.

Grupo informe de hogares esparcidos
junto a senderos, con honor de calles;
alquerías, y chozas como nidos,
llenas de luz y efluvios de los valles.

Blancos los muros, grises los techados
de antigua teja o cenicienta paja,
do abre la Cruz sus brazos descarnados
y ampara al labrador que ora y trabaja.

Adentro: el alma buena, el fuerte brazo;
la Fe, que el ciclo del amor ensancha;
la tierra por alfombra y cielo razo;
¡la tierra, lecho del amor sin mancha!

Junto a las casas, huertos y plantíos,
como tablero en colosal aumento,
con altas cercas de ágaves bravíos—
linde, defensa, ornato y alimento.

De Flora, allí, pregonan la hermosura:
amancayes², sangrientas clavellinas;
el romero, que esmalta su verdura
con profusas estrellas azulinas.

El geranio silvestre en los cercados;
en tiestos el clavel, la manzanilla,
y en medio a los ramajes enlazados
la pródiga y vistosa granadilla³.

Predilectos del amo, lozanean
los indianos pimientos⁴, con puntales,
entre cuya esmeralda colorean
los frutos, como fúlgidos corales...

Al centro del alegre caserío,
imponente, levántase la iglesia,
sin más arquitectónico atavío
que la alta torre, que a la edad desprecia.

¡Evocador, humilde campanario
con bronces de cadencias argentinas;
asilo donde canta el solitario⁵
y anidan las devotas golondrinas!

Bronces que, al despuntar de las mañanas,
alzan a Dios un himno de alegría,
y que al morir las tardes aldeanas,
sollozan en acordes de eiegfa.

Bronces que gimen cuando, en triste fosa,
duerme el labriego al fin de sus dolores,
allí, en el seno de esa tierra hermosa
que le devuelve a la existencia en flores.

Dehesa comunal—la silenciosa
plaza limita, allá, casona vieja,
en donde lee la niñez dichosa
en canturria que, a! par, es rezo y queja.

Del caserío al pie, flébil, murmulla
el Paute undoso, en perezosa huída;
¡por él, que fecundízala y arrulla,
trasunto del edén es *La Florida!*

¡Raudal, bajo los sauces, adormido,
diáfano, azul, que plañe ignoto duelo,
cual si un jirón de cielo, diluído,
gimiera siempre por tornar al cielo!

Al Este, dilatado y negro monte
el éter rasga con soberbia frente,
y corta del polícromo horizonte
su hosco perfil de colosal serpiente.

Al Ocaso, colinas multiformes,
cual fantásticas tiendas de gigantes;
¡ para ascender a Dios, gradas enormes,
y más azules, cuanto más distantes !

Alzase, al Norte, un murallón de rocas,
por cuyo enhiesto y escabroso flanco,
cual sierpe gigantesca, en iras locas,
salta un torrente mugidor y blanco,

que, al pie, batiendo la revuelta arcilla,
rompe en los cantos su ímpetu sonoro,
y forma nubes, donde el iris brilla
como una inmensa mariposa de oro.

Al Sur, se extiende la feraz planicie
de chozas y alquerías salpicada,
y sobre cuya verde superficie
forma pálios floridos la arbolada.

¡ Risueñas alquerías donde el alma
se inunda en luz y ritmos de alegría,
y halla el amor su plenitud y calma,
y en toda virgen, la ideal María ⁶.

Allí, sus plumas el maizal altivo,
cual bélicos penachos, gallardea,
y el trigal, como lago de oro vivo,
con metálico són, al viento ondea,

El húmedo alverjal⁷, glauco y dorado,
luce blancas y lívidas corolas,
y el alfalfar con su cendal morado
mueven las auras en cambiantes olas.

Alza el cañaveral palmas enhiestas,
de sol manchando la campiña verde;
la dehesa se extiende por las cuestas
y en el adusto pajonal se pierde...

Pacen allí, nutriéndose de flores,
innúmeros rebaños y vacadas;
y lloran los indianos *rondadores*
en la paz de las cumbres desoladas...

Es huerto sin confines *La Florida*,--
mansión feliz de Ceres y de Flora
--do, en cálices y frutos, su encendida
sangre derrama la opulenta Aurora.

El capulí⁸—tesoro campesino—
brinda sombra y sustento a los aldeanos
y ostenta en el follaje esmeraldino
cándidas flores o purpúreos granos.

Dominando las tapias solitarias—
del umbrío vergel gala y decoro
—contrastan con las rojas pasionarias
del fresno⁹ altivo los penachos de oro.

Duraznos y manzanas colorean
cual pudibundes rostros virginales,
y, entre lujosas ramas, balancean
sus campanillas de oro los perales.

Naranjos y limeros, en preciado
grupo, decoran todos los vergeles,
dando a la sed del labrador cansado,
en áureos pomos, perfumadas mieles.

El chirimoyo, ahí, prez de la tierra,
con su verde azahar y fruto hermoso,
que—nieve blanda y aromosa— encierra
manjar que el labio apura codicioso.

Como tímida boca que sonríe,
abre el granado lá carminea gema
donde Natura, en néctares, deslíe
el mágico rubí de su diadema.

De sus frutos nutricios nunca avaro,
ostenta el aguacate¹⁰ los primores,
y su fronda triunfal yergue el cañaro¹¹,
frísol arbóreo de llameantes flores.

El pródigo maguey¹² de hojas lucentes
cunde en alcores, bardas y ribazos,
y el gigantón¹³, en breñas y pendientes,
levanta airoso los floridos brazos.

El moral en los setos; la retama
dorando rutas, playas y colinas;
en los baldíos la florida grama,
¡y hasta en las rocas flores purpurinas!

Que la agreste y viciosa enredadera
da caridades de iris al vallado:
¡aun al granito, brinda Primavera
de su amor el tesoro codiciado!

Y entre las flores de ese edén, anida
—alada Flora—el pueblo peregrino
de las aves, que encantan *La Florida*
con la celeste música del trino.

Entre tanto tesoro y hermosura,
vive una honrada y laboriosa gente,
con una santa providencia: el Cura,
y una sombra fatídica: el Teniente¹⁴.

Ellos, felices, todos labradores,
sin grandes dichas ni mayor quebranto,
llevan la humilde ruana de colores,
como lleva un monarca el regio manto.

Bregan, para el domingo, en el *villorio*,
cantar sus dichas y olvidar las penas;
y así, siempre soñando en nuevo holgorio,
hallan gratas del campo las faenas.

Ellas, como las flores del cañaro;
en la faz con carmines de manzana;
roja la falda y el corpiño claro;
la gracia esquivada y la conciencia sana.

El trabajo es su ley; no desesperan;
a vanas dichas el deber prefieren;
su ilusión y su bien del Cielo esperan,
¡y quieren con el alma cuando quieren!

¡Y allí la tierra con sudor se moja;
sólo con ella vive el hombre en guerra;
y allí ninguna frente se sonroja,
y las manos se manchan sólo en tierra!

¡En tierra, carne de la madre nuestra
que, por nutrirnos, se destroza el seno:
la diestra que la hiere, es noble diestra;
quien tortura a esa madre, es siempre bueno!

A decorative initial letter 'C' with intricate floral and scrollwork patterns, positioned at the start of the title.

CANTO SEGUNDO

En el alcor más próximo a la aldea,
se alza una humilde y solitaria choza,
a la que huerto plácido rodea,
y es quizá de ese edén la más hermosa.

En su torno, verdean los sembrados
que dan sustento a los felices dueños,
que, del mundo y sus pompas olvidados,
en el bien y la paz cifran sus sueños.

Senda bordeada de ágaves floridos
conduce hasta el hogar; junto a él, aromas
da un jardín con claveles encendidos,
albahacas en flor y agrestes pomas.

Con profusión, el floripondio inclina
sus cálices de pálida blancura,
do se aroman el aura vespertina
y el tibio aliento de la noche oscura

Junto a los muros, rosas de Castilla,
amarantos y lianas amorosas
y, cual las flores con que el alba brilla,
en pomposos *bouquets*, las malvarosas.

Entre las varias verdes sementeras
que deslindan, cual marcos, los *cashiles*¹⁵,
míranse, por doquier, aves caseras,
y en los llanos contiguos, los rediles.

Entre el maizal, feliz con su serrallo,—
sultán, Tenorio, músico y guerrero
—su diana resonante entona el gallo,
¡ésa que anuncia el resplandor primero!

Alegre es la mansión, como pequeña:
un corredor con *pojos*¹⁶ blanqueados;
un cuartucho por sala; una risueña
alcoba, y por graneros, los *tumbados*¹⁷.

Preside en el salón *la Morenica*
*del Rosario*¹⁸, del pueblo protectora,
entre flamantes cromos de botica
y gacetas que el tiempo descolora.

Junto a la puerta, el gozque vigilante
duerme en hondo sopor, como un beodo,
mas, al paso de todo caminante,
despierta, y lo persigue hasta el recodo.

La existencia es allí manso arroyuelo
que copia flores y no encuentra atajo;
y allí no existen penas sin consuelo,
y nunca falta el pan, porque hay trabajo.

Por mejorar de suerte, un año apenas
ha, que Marta y Griselda—emigradoras
golondrinas—huyendo de las penas,
ven discurrir en ese edén sus horas.

Marta, infeliz viuda de un labriego
de su aldea, que la hizo muy dichosa;
su hija, Griselda, lirio serraniego,
humilde, buena y, como azuaya, hermosa.

Vendiendo su heredad, que fué su vida,
sus ahorros misérrimos juntaron,
y aquel bohío, flor de *La Florida*,
en *La Colina del rosal* compraron.

Las tierras, aunque escasas, generosas,
rinden siempre de modo que algo sobre;
en el gayo vergel fecundan rosas,
y en el campo, el maíz, maná del pobre.

Marta, ya se avecina a su poniente,
no por la edad: por crueles desengaños;
sobre los negros rizos de su frente
nevaron los dolores, no los años.

Huérfana en tierna edad, siguió la senda
de la miseria y el dolor; un día
llamó la dicha a su ignorada tienda,
y fué el amor su pan y su alegría.

Mas, murió su ventura en los albores:
dióle su amor la eterna despedida
cuando Griselda, flor de sus amores,
tocaba al claroscuro de la vida;

Griselda, que ignorando que era hermosa,
abandonó los mágicos pensiles
de la niñez, y luce venturosa
las regias galas de los quince abriles.

Su madre, al verla, ahoga una querella,
porque sabe muy bien que la hija amada,
por huérfana, por mísera y por bella,
tiene que ser tres veces desdichada...

Pero Marta es un alma cristalina,
sin hiel, cual la paloma, en las entrañas,
y es su consuelo y luz la Fe divina,
ésa que puede transportar montañas.

Y así, jamás se rinde a las cadenas
del dolor, porque piensa, en su amargura,
que al que Dios da en la vida muchas penas,
resérvale más glorias en la Altura.

En el más duro trance, encuentra medio
de consolar al infeliz; dolencia
no existe, a que no brinde algún remedio
la ciencia natural de su experiencia.

¡Huye, el que ríe, del ajeno duelo,
y sólo el triste con el triste llora;
la ciencia del amor y del consuelo,
ciencia es del alma que el dolor devora!

Y todos, en el pueblo, la querían;
para fiestas y duelos la buscaban;
los viejos, al pasar, la bendecían,
y niños y zagales la aclamaban.

Griselda es un botón de centifolia ¹⁹,
y piensan, al mirarla, los donceles
que es mezquina la pálida magnolia
ante la sangre en flor de los claveles.

De airoso cuerpo y opulentas formas;
hermosura sin arte y sin aliño,
sólo conoce del deber las normas,
la ley de Dios y el maternal cariño.

Hacendosa, vivaz, sencilla y buena,
con rizos tan oscuros como espesos,
de ojos grandes y negros, ¡y es morena
como que el sol la ha devorado a besos!

Encanta su candor, como de niño;
tiene de la albahaca los aromas,
y en la estrecha prisión de su corpiño
lleva ocultas dos trémulas palomas...

Su risa, ritmo que del alma arranca,
es como flor de una alegría loca,
y, entre húmedos rubíes, luz más blanca
es la luz en las perlas de su boca.

Sus manos, pequeñas y hoyueladas,
que sólo el limo alguna vez mancilla,
aderezan la cena, y, aplicadas,
concluyen en dos días un toquilla²⁰.

Ella, el rebaño a los rastrojos saca;
riega y cuida el jardín; barre la choza;
exprime la ubre rósea de la vaca
que, al mirarla venir, muge gozosa.

Llama, y la turba de aves la rodea;
hunde en el cesto las rosadas manos
y echa al motín que grita y aletea,
en lluvia de oro, del maíz los granos.

Por el sendero gris, se va risueña,
cantando, hacia la fuente de la roca,
y, ante la linfa azul, sobre la peña,
de la bíblica edad la paz evoca.

Ella tiene por solos confidentes
dos gorriones canoros y traviosos,
y dos níveas palomas, inocentes
profesoras de arrullos y de besos...

Y porque es de ese edén flor de las flores;
por los carmines de su faz hermosa,
y su saya²¹ de vívidos colores,
la llaman en el pueblo: *Malvarosa*.

Todo aquel que la ve, la ama y desea
y quiere, por su amor, darle la vida:
¡bien dijeron los mozos, que su aldea
por ella iba, en verdad, a ser *Florida*!

¡Y de su alma el radiante firmamento
doran ya con su mágico tesoro:
el alba boreal del sentimiento
y del primer amor la lumbre de oro!

A highly decorative, black and white initial letter 'C' with intricate scrollwork and floral patterns. The letter is positioned at the start of the title.

CANTO TERCERO

Juan Flor, del *Romeral*, es un mancebo
que, a fuerza de ser cándido y honrado,
aún tiene el corazón tan puro y nuevo
como el día en que Dios lo hubo formado.

Alto, de recios miembros; bronceada
la faz, donde contrasta la dulzura
con el vigor; la frente sombreada
por una greña rígida y oscura.

Cuando sonrío, tras los labios rojos,
fulguran dos hileras de granizos,
y brilla en la negrura de sus ojos
la luz de los nostálgicos hechizos.

¡ Sus ojos, ojos que piedad inspiran,
hechos para mirar dichas ajenas;
ojos que el fondo de las almas miran,
y cuando hablan de amor, hablan de penas!

De su cotona²² gris por la abertura,
se ve de bronce y bíceps un tesoro;
¡si bien puede el gañán, según el Cura,
desjarretar de un puñetazo a un toro!

Quien contrata con él, no va perdido,
porque él ama su honor y odia el estanco²³;
quiere a todos; de todos es querido,
y en sus sueños ve siempre un ángel blanco.

El heredado pegujal, do vive,
es, aunque alegre y fértil, muy pequeño;
mas Juan por mejorarlo se desvive,
y da pingües cosechas a su dueño.

Es el mejor bracero de la aldea;
no hay labor que supere a su energía,
y la más ruda e ímproba tarea
concluye siempre al promediar el día.

Y como es pobre y huérfano, gozoso,
acaba el día²⁴, y gana dos jornales,
que los pone con cándido alborozo
en las enfermas manos maternas.

Perdió el triste al autor de su existencia,
y lucha, desde niño, por la vida
y por su madre, a que tenaz dolencia
tiene en el lecho del dolor sumida.

De natural huraño y algo esquivo,
mira mucho, habla poco y nada finge,
y desde que el amor le hirió furtivo
se ha vuelto más callado que una esfinge.

—¡ Amor! es el silencio tu armonía;
en el labio la voz queda suspensa
cuando huye, con la paz, nuestra alegría,
y llora el corazón y el alma piensa!—

Su patrón es don Cosme de Pedraies,
único rey de aquellos campesinos,
que funda su poder en sus caudales,
y su orgullo, en añejos pergaminos.

Y ha muchos meses que perdió la calma,
Juan, para el bien y la aflicción nacido;
oculta tempestad agita su alma
y se le queja el corazón herido.

La causa de su pena es *Malvarosa*,
que ignora su pasión, y ni lo mira,
¡y como es él tan pobre, y ella hermosa,
cuando la sueña y ve, sólo suspira!

Rendido al padecer que le devora,
ve en su ciclo brillar las lumbres bellas
de su amor, a toda hora, ¡que a toda hora
se ven desde el abismo las estrellas!

Sólo, cual voz de su alma sin mancilla,
si pasa ante el hogar del bien querido,
toca un triste²⁵ de amor en la quintilla²⁶,
y pone el corazón en su gemido.

Juan, aquel día de placer rebose,
porque, al amanecer, Marta le dijo:
--Estoy de minga²⁷, Juan, ven a mi choza,
y el mingado²⁸ mejor serás de fijo. --

Fuése Juan a la cita muy temprano,
con fulgores de gloria en la mirada,
al hombro el poncho²⁹, y en la ruda mano
—cetro del bien y de la paz—la azada.

Marta y Griselda, ufanas lo acogieron;
la copa de la fiesta le brindaron;
de su tristeza y esquivez rieron,
y a ser galán y alegre le incitaron.

Dióse luego principio a la deshierba;
dispersóse al comienzo del sembrado
de los garridos mozos la caterva,
que presidía Juan, siempre callado.

¡Y del cortante hierro el golpe duro,
con que hería a la tierra su hijo y dueño,
vibró, cual himno, en el ambiente puro
de esa mañana azul, como un ensueño!

A las hierbas salvajes, arrancadas,
del sol el fuego bienhechor hería,
y del maíz las cañas aporcadas,
la tierra nueva con amor ceñía.

Entre la verde mies, veíanse a trechos
blancas cotonas, faldas amarillas,
membrudos brazos, jadeantes pechos
y el manchado blancor de los toquillas.

Y a cada instante, en coros argentinos,
reían las zagalas y los mozos,
como suelen reír los campesinos
aplaudiendo sus dichos salerosos.

Juan, dejó atrás a todos, y su azada
con tal vigor la tierra removía
que, según un anciano, en su parada³⁰
ninguna hierba inútil crecería.

Griselda, en tanto, sin cesar calmaba
la sed del grupo intrépido y bizarro,
dándole—recompensa que anhelaba—
rubio licor en jícaras de barro.

Y preguntó por Juan, a quien no viera,
y dijo un mozo de mirar sombrío:
—Trabaja ese gañán como una fiera;
ya debe estar al fin del sembradío.—

Fuése en su busca, la gentil zagala
por el maizal tupido, que gemía
al paso, como si el rozar de un ala
arrancárale agreste melodía.

Hallóle a Juan, cual siempre, pensativo,
entregado al rigor de su tormento,
y, en un arranque ingenuo y compasivo,
dijole en blando y cariñoso acento:

—Bajo este sol abrasador que enerva,
trabajas sin descanso, y ¡tan sereno!
Vas a acabar tú solo la deshierba;
Dios te lo pague, Juan: ¡eres tan bueno!—

El la miró, callado y dolorido,
como se mira siempre el bien lejano;
suspiró, a su manera, en un gemido;
hundió en la greña la convulsa mano,

y dijo:—Si es tu tierra, *Malvarosa*,
¡qué mucho que la rieguen mis sudores,
á que sea tu mies siempre copiosa
y tengas tantos frutos como flores!

Griselda, cuantas veces quise hablarte,
decirte que por tí sufro y deliro,
fué inútil afanar, porque, al mirarte,
se me va el corazón en un suspiro.

Tengo aquí dentro unos sentires crueles;
no sé si tú me causas gozo o pena;
en veces siento una embriaguez de mieles,
y en veces, amarguras de verbena.

Por vez primera, ha meses, te ví en misa,
y pensé, *Malvarosa*, aunque te admire,
que el Cura la decía muy a prisa,
a que tu pobre Juan menos te mire...

Desde entonces, te finge mi deseo
hasta en el agua que mi sed apura,
en las estrellas del azul te veo,
y en las ondas del río que murmura.

Te llevo en mí por playas y desiertos;
vas, a mi sér, como mi sombra, unida,
y tus ojos, en mi alma, siempre abiertos,
con su fuego y su luz quemán mi vida.

Por tí soy bueno, y sin cesar trabajo,
por tí, sólo por tí, tan pura y bella,
capaz me siento de arrancar de cuajo
un monte; y de los cielos, una estrella...

Si esto es querer... ¡te quiero, *Malvarosa!*
y ¡mísero! te ofrezco en mi tristeza:
la humilde sombra de mi pobre choza;
el pan hourado de mi humilde mesa;

¡la callada pasión que me tortura;
mi corazón que tu piedad implora,
mi corazón que sueña en tu hermosura,
y esta alma que, por tí, vive, y te llora!...

—Trémulo y sin color, el triste hablaba,
henchido su mirar de extraño fuego,
y en sus acentos, el amor, juntaba
la queja, el grito, la oración y el ruego.

Malvarosa le oyó, pálida, huraña,
como airado reproche escucha un niño,
pero su diestra, en ansiedad extraña,
torturaba el cairel de su corpiño.

Luego miróle, y en su rostro hermoso
carmínea luz rieló la primavera,
y díjole en arrullo melodioso:
—Confía, Juan: . . . Será lo que Dios quiera . . .

Después, vertió, sin tino, en tosco vaso
la chicha³¹, que salud y ardor encierra,
y como a Juan también le tembló el brazo,
¡más que él, ese licor bebió la tierra!



CANTO CUARTO

Allá, en la linde de vistosa vega,
entre un huerto de palmas y frutales,
se alcanza a ver la casa solariega
del soberbio don Cosme de Pedrales.

Vieja mansión de pintorreados muros,
en la que el polvo de los siglos flota,
y se añoran pretéritos oscuros
y los encantos de la edad remota.

En sus largos, silentes corredores,
a cada instante, contemplar se espera
la sombra audaz de los conquistadores,
con el peto, la adarga y la cimera.

Esplende en el salón amplio y vacío,
cual pupila del tiempo, un roto espejo,
y en un lienzo, enigmático y sombrío,
yérguese adusto un castellano viejo.

Reinan allí la paz y la tristeza,
y en la tibia quietud de las estancias
hay algo del misterio de la huesa
y se aspiran incógnitas fragancias.

¡Tenues perfumes de un jardín lejano,
perfumes del recuerdo y del olvido,
que inebrian siempre al corazón humano
que ama lo triste, lo imposible y lo ido!...

Son de ese hogar los únicos rumores:
el ruido de pasos que se alejan;
el eco del cantar de los pastores,
y el himno de los vientos que se quejan

en las liras en flor de la enramada,
a cuya sombra entonan sus canciones
las tórtolas dolientes, la miriada
de jilguerillos de oro, y los gorriones.

En el huerto, poblado de querellas,
llora una fuente en ritmos lastimeros,
y revientan los cardos en estrellas
y ocultan las ortigas los senderos.

Ceres prodiga allí frutos opimos;
del gentil chirimoyo el fruto esponja;
cuelga del coco espléndidos racimos,
y dora la naranja y la toronja...

¡Cuán plácida mansión! refugio santo
a do no llega el mundanal rüide;
el trino de las aves es su canto,
y el gemir de las linfas, su gemido!

Junto al hogar, verdean los maizales,
y, en dilatada perspectiva de oro,
contémplanse, doquier, cañaverales
que trueca en lira el céfiro sonoro.

Las playas, que se extienden hasta el río,
dividen alamedas de gomeros,
cuyas frondas jamás quema el estío,
y el valle señorean altaneros.

Sobre el cristal radiante de las ondas,
sauces y alisos tienden el ramaje,
y míranse las aguas tras las frondas,
como al través de esmeraldino encaje.

Al septentrión, del monte los declivos,
donde vive la gente que trabaja
y entonan su canción los vientos tibios
que raudos suben de la tierra baja.

Es "La Ausonia", heredad de los Pedrales,
un tiempo, fijosdalgos sin mancilla,
que ostentaron en ínclitos anales
la prez de su abolengo de Castilla.

Del tronco secular, rama postrera,
don Cosme, arrastra su vivir extraño
en la quietud de esa mansión austera,
do es, a la par, labriego y ermitaño.

Alto, fuerte, gentil, tiene lá dura
majestad del antiguo castellano;
su talante reclama la armadura;
el cetro medioeval pide su mano.

Nubla su faz un aire de tristeza;
—¿evoca siempre el muerto poderío?—:
¡ la última luz de atávica grandeza
prende en sus ojos resplandor sombrío !

Baja ya la pendiente de la vida,
y aún se yergue ante el tiempo, desdeñoso,
pues opone del tiempo a la embestida
su recia complexión de roble añoso.

Nada su corazón mantiene oculto;
preside en su conciencia la hidalguía;
rinde al honor y el bien supremo culto,
y heroico, por la Fe, sucumbiría.

Allá, en su mocedad, cual buen soldado,
por la *Restauración*³², hubo esgrimido
el acero a sus padres heredado,
y el laurel a su frente había ceñido.

Al recordar don Cosme aquella historia,
ígneas luz en sus ojos fulguraba
y, en una ardiente evocación de gloria,
con arrogantes bríos, exclamaba:

—Oh! que tiempos aquellos!... Yo era mozo,
con vigores de atleta me sentía;
me era el fragor marcial, himno glorioso,
y, audaz, ante la muerte sonreía.

Sarasti, Flores, Salazar y Vega...
¡no eran hombres, señor, sino leones;
era suyo el laurel de la refriega,
y callaban ante ellos los cañones!

No fué entonces el honor un nombre vano,
ni fué la Libertad un bien mentido...
¡Cuán buena cuenta dimos del tirano!
Y fué nuestro laurel... ¡el del olvido!

Hoy se llama campeón al patriotero
que alcanza, en lid artera, vil renombre:
¡en su diestra sonrojase el acero,
y en su labio la Patria es sólo un nombre!...

—Su esposa, doña Inés, noble matrona,
de corazón ingenuo y alma buena,
luce de la virtud la áurea corona,
porque nunca al deber mostróse ajena.

Juzga que acaba el mundo en los linderos
de su "Ausonia"; que el bien rige la vida,
y que no existen goces verdaderos
sino en la paz de su mansión querida.

Con su amor, dió al esposo su albedrío;
sólo vive para él; su amor la engríe;
raya, para él, su amor en extravío,
y siéntese feliz cuando él sonríe.

¡Es la mujer antigua, sin resabios,
que en el bien del hogar cifra su empeño,
y siempre la verdad tiene en los labios,
y adora sólo a Dios, y a un solo dueño!

Comparte sus solícitos desvelos,
su caro, hermoso Luis, gentil retoño,
único que a su amor dieron los Cielos,
para bien o martirio de su otoño...

Luis, en "La Ausonia", cual monarca, impera;
soberbio, a todos, su capricho impone,
y aun de don Cosme la virtud severa,
ante él, en veces, su rigor depone,

¡Cuán gallardo doncel! Tienen sus ojos
el brillo azul del retemplado acero;
rizos áureos, faz nívea, labios rojos
contraídos en *ri:tus* altanero.

Su padre exclama al verlo:—¡Es un Apolo!
¡No sea su beldad la del vacío!..
¡Si será bello y arrogante sólo!..
¡Que no afrente a su hogar el hijo mío!..

—Fué Luis, en su niñez, un ángel bueno;
afable, humilde, pronto a la obediencia,
al mal instinto se mostraba ajeno,
y tenía por alma la inocencia.

Mas, a fuerza de mimos maternas,
trocáronse en caprichos sus deseos,
adquirió su altivez ínfulas reales
y entregóse a nocivos devaneos.

¡Como es tan grande el corazón materno,
quiso Dios que entre muchos se dividia,
y dón tan celestial, es dón de infierno
cuando disfruta del sólo una vida!

Luis, halló presto la vedada senda;
manchó de la niñez las blancas rosas;
en el yermo fatal plantó su tienda,
y del Candor las alas luminosas,

dió por las alas del vampiro aleve
del Mal, ¡ésas que azotan, ateridas,
la carne, en tanto que el vampiro bebe
la sangre de las víctimas dormidas!..

Así, torcido en los primeros años,
creció mal. No le amaron; le temieron:
y, en vil complicidad, propios y extraños,
halagándolo siempre, lo perdieron.

Consumóse su ruina cuando, un día,
su padre envióle a la ciudad distante,
anhelando que la sabiduría,
de su estirpe la prez, con él, levante.

Causó en su vida la ciudad estragos:
tuvo la adulación por consejera;
en el plantel, fué capitán de vagos,
y alzó de los rebeldes la bandera.

En romper toda norma halló su encanto;
cególe del placer el maleficio,
¡y compró con el oro—fruto santo
del sudor paternal—la flor del vicio!

Desdeñando deberes y sanciones,
ejercía en las aulas rudo imperio,
¡que el brillo de su nombre y sus doblones
la justicia rindió del magisterio!..

Clamaba: que la ciencia es impostura;
el placer, norte y fin de la existencia;
galardón de la audacia, la hermosura,
y virtud de los fuertes, la licencia...

Y ¡cual siempre! sus padres ignoraban
la serda triste que su bien seguía;
sólo virtudes en su Luis miraban,
¡y él, sin auxilio, en el fangal se hundía!..

¡Ciega el amor al corazón humano,
a que no mire, por doquier, abrojos,
pero nunca el amor es más tirano
que cuando ciega los paternos ojos!..



CANTO QUINTO

h! dulce mes de la vendimia, llegas
coronado de flores y de espigas;
en ondas de oro y luz el valle anegas,
y el afanar del labrador mitigas!

A tu paso, se aroma la floresta;
rompe en hosanas el bullente río,
y la vida es solaz, amor y fiesta
en el pueblo, la granja y el bohío.

¡Cuán hermosa la azuaya serranía;
de sus campos, qué ubérrimo el tesoro;
los espíritus colma la alegría,
como las trojes, de la mies el oro!

¡Viento de Agosto, cuyo beso orca
el alma juvenil, pura y hermosa,
que—ya rendida la escolar tarea—
con la visión de la campiña goza!

¡Viento que pulsa el arpa del poeta,
y difunde armonías de consuelo;
tibio viento que impulsa la cometa
— y el corazón de la niñez—al cielo!

Brillan las falces al herir las cañas
del dorado maizal; la tierra moja
del labriego el sudor, y a las montañas
lleva el eco el cantar de la deshoja³³.

¡Qué idilios y alborozos en las éras;
en las chozas, qué santos regocijos;
las vacadas alegran las praderas,
y sonríe la vida en los cortijos!

Cruzan por los caminos polvorientos,
cabalgatas, en locas alegrías;
todos, de agrario bienestar sedientos,
van a habitar las viejas alquerías! . . .

—Oh! mes feliz, a tu indecible encanto,
torno a los cielos de la edad de armiño;
y endulza el cáliz de mi acerbo llanto
la miel eterna del primer cariño!

Y vuelvo a ver los horizontes de oro
de la heredad; la casa solariega—
¡cuna de un sueño cuyo adiós deploro;
tumba de un astro que su luz me niega!...

.....

El domingo aldeano es fiesta hermosa
para la humilde gente campesina
que alegre deja la apartada choza
y al bullicio del pueblo se encamina

por la senda del valle, y la lejana
ruta del monte, en grupos bulliciosos;
ellas, luciendo el faldellín de grana,
y *ellos*, los ponchos de algodón vistosos.

La luz se esparce en diamantinas ondas,
se inunda de alborozo el caserío;
las aves truecan en laúd las frondas,
y es más sonante la canción del río.

¡Cuál luce *La Florida* su hermosura!
En la plaza, la gente de la aldea
compra el fruto y la mies; el viejo Cura
en el atrio del templo se pasca,

y su oro, el sol, engarza en la corona
de nieve de su sien:—pastor que vela
por su humilde rebaño, al que perdona
las culpas, y le guía, ama y consuela.

Monseñor Bienvenido, sin historia;
sonríe al niño y a la moza esquiva;
brinda al zagal de su ilusión la gloria,
y do siembra una flor, planta una oliva.

Con sus lenguas de bronce, el campanario
a misa llama en argentinos sonos;
la gente invade el templo solitario,
y se elevan a Dios los corazones.

En la plaza, de amigos rodeado,
está Luis, ¡cuán apuesto y elegante!
A su auditorio tiénelo encantado
narrándole su vida de estudiante.

Ya pinta la ciudad como un emporio
de goces y aventuras amorosas,
o ya cuenta mil lances de Tenorio
con rivales y vírgenes hermosas.

—Con oro, es la ciudad un paraíso—
dice—y es un Olimpo por la noche...
A mi ver, el Colegio sólo se hizo
para acordar los planes de un derroche³⁴.

Aquí, soy un forzado de la vida,
Sólo estoy dos semanas en la hacienda,
y por volver a la ciudad querida
libro ya con mi padre una contienda.

—Es que el señor don Luis no la conoce—
murmura Pedro, en tono malicioso,
—que si la ve, de fijo, reconoce
que no está en la ciudad todo lo hermoso...

—Hablas por *ella*?—le interroga Antonio,
lugareño aspirante a señorito.
—¡Verdad! si la conoce, ¡qué demonio!
por *La Florida*, desdeñara Quito!

—Y ¿quién es *ella*?— Luis, dice intrigado...
¿Alguna melindrosa pueblerina,
de esas que en el amor ven un pecado,
y la sombra del diablo, en toda esquina?

—Tal vez— responde Antonio.— Digo que *ella*
tiene más seducción que la manzana...
Campesina, verdad, pero tan bella
que merece la prez de ciudadana.

¿Nadie le ha hablado de *ella*? Bien se mira
que usted no ha hablado con la gente moza
que la sueña, la canta y la suspira...
Sépallo ya, don Luis... ¡es *Malvarosa*!

Gentil y buena, si las hay. Ha poco,
compró la posesión ³⁵ de *La Colina*;
y a todo el que la ve, lo vuelve loco,
y es de un mar de ilusiones asesina.

Mas, huye de las redes, ¡es tan seria!
No ve nunca, y si ve, ve con enojos,
y no viene jamás sola a la feria,
y le mira a Juan Flor con buenos ojos.

A Juan, concierto³⁶ de "La Ausonia". Apenas el pobre la miró, quedó prendado; y hoy anda que no puede con las penas: ; más parece infeliz que enamorado!

—Juan, sí, mi compañero preferido de caza; fui con él hasta esa loma... ;Que hoy—cual ayer, las aves en el nido— me muestre el palomar de su paloma!

¡Si no me pongo a conquistar aldeanas, en esta vida de lebrél me enervo; si ella es hermosa ¡claro! a su Juan lanas, de siervo mío, lo transformo en ciervo!...

—Bah! don Luis, será suya la mazorca en el remate del primer holgorio— riendo, exclamó Antón, racimo de hórca con ínfulas de bravo y de Tenorio;

Antón, el corrompido crapuloso, comensal del Teniente, y secretario. —Mefistófeles, sea!—dijo el mozo, y la diestra oprimió del perdulario.

—Mírela! viene allí! ¡qué ni otra cosa!
Prevéngase, don Luis, contra el desmayo!..
—¡Y pasó ante ellos, bella y ruborosa,
lanzando una mirada de soslayo!..

—Mentido no me habéis, ¡es hechicera!
Yo la persigo! la ocasión es calva....
Malva... rosa... ¡la rosa prefiriera,
y dejaría para Juan la malva!....

—Y rió, de sí propio satisfecho,
y fuése tras la huraña campesina:
¡iniciaba el halcón su audaz asecho
contra la dulce, incauta golondrina!....

—Compañeros, qué hacer? Buscad el modo
de ir hacia ella, y armar una jarana³⁷;
organizad la murga: pago todo,
¡y que me halle *malvado* la mañana!..

—Aplaudió la caterva de serviles,
y en dichos prorrumpió, que el pudor calla:
¡aliados son de la maldad los viles,
y aplaude siempre al vicio la canalla!

—¡Está hecho, señor Luis—Antón repuso—:
de sacerdote nombrámosle al Demonio;
corre a cargo de Pedro todo abuso,
y el violín tocamos³⁸ yo y Antonio!..

—A las diez, en “La Luz”; que nada falte—
previno Luis.—¡ Y en su ilusión maldita,
a que el delirio más su ardor exalte,
logró ver, en Griselda, a Margarita!..

¡Apuró el filtro que, cegando, encanta,
y nada vió fatídico ni infausto!..
—¡Griselda, Mefistófeles te cantá!
¡Margarita infeliz, te ronda Fausto!..



CANTO SEXTO

Con su doliente luz la luna baña
el valle en soledad y el caserío;
a trechos, ilumina la montaña,
y su argénteo cendal tiende en el río.

Pálido sol de las tranquilas horas
en que el reposo premia a la fatiga,
y ahuyenta las angustias matadoras
la santa paz, de la virtud amiga.

Oh! Luna, alumbras con tu luz de encanto
la eterna vanidad de lo finito;
el loto del ensueño—flor del llanto—
y la rosa de sangre del delito...

Ora, al amor de tu apacible lumbre,
como el ave en el nido, *La Florida*
duerme; fulgura la lejana cumbre;
siéntese apenas respirar la Vida.

¡Qué mágico paisaje! Luz de plata
idealiza la vega silenciosa,
y el majestuoso Paute se dilata
cual inmensa serpiente luminosa.

Blanquea en el azul el campanario;
suscita el pueblo la ilusión de un nido,
y ante la paz del valle solitario,
el alma sueña en el edén perdido.

Sólo turban, en veces, el profundo
silencio de la noche campesina,
de algún perro el ladrido gemebundo
o el són de una distante concertina.

Con sus calles silentes y medrosas,
semeja *La Florida* un cementerio,
do vagan las visiones pavorosas,
engendros de la noche y del misterio.

De la diurna fiesta cesó todo;
cesó el bullicio que al villorrio encanta;
sólo, de vez en cuando, algún beodo
se desperaza en el andén, y canta,

Por las rendijas de postigos viejos,
surge la luz de la rural velada
en divergentes haces de reflejos,
que dejan la tiniebla iluminada.

Sólo en “La Luz”—taberna favorita—
hay voces de placer, ritmos de fiesta;
que allí, Luis y sus áulicos, en cita,
beben, y ensayan la ominosa orquesta,

entre ruido de copas y estridentes
risas—¡himno del vicio, a cuyos sonos
aturden sus conciencias delincuentes
los que arrastran al mal los corazones!

—Antonio—exclama Luis—¡bravo! ese triste
tono³⁹, las fibras de mi sér desgarran;
si a tal canción Griselda se resiste,
juro que rompo en ella tu guitarra!

Es hora, amigos, de partir, y debo
daros, como buen jefe, santo y seña;
¡pero antes, mozos, por mi triunfo bebo,
y por la rendición de la trigueña!...

Ay! del que me desoiga y mi ira arrostre:
con Marta, a mi salud, brindaréis todos,
hasta que el *sueño bienhechor* la postre,
y, si no estáis, os fingiréis beodos;

y el que se halle más cerca y prevenido,
apagará la luz de la bugía,
a que brille en la noche de aquel nido
la roja luz de la victoria mía...

—Aplaudió el corro, y se lanzó a la calle
levantando guitarras y botellas;
¡y estaba hermoso, como nunca, el valle,
y, cual siempre, impasibles las estrellas!...

Y se perdieron por la senda oscura
que en *La Colina del rosal* acaba,
donde, en su nido, la paloma pura,
bajo las alas de un querub, soñaba.

Iba en silencio la caterva impía;
¡escuchaba quizá la voz secreta
—que no ahoga ni el vino de la orgía—
con que al delito la conciencia reta!

Ya cerca del hogar, ¿qué les detiene?
¡Ha dado el fiel mastín la voz de ¡alerta!
y contra ellos, colérico, se viene,
y su ladrido al *palomar* despierta!

¡Cuál los acosa con creciente saña!
¡cómo sus pasos, en la ruta, cierra!...
¡Es que sólo él, oh! flor de la montaña,
defiende tu virtud sobre la tierra!...

De pronto, dando un fúnebre alarido,
huye por la pradera silenciosa:
¡pobre guardián, la mano que te ha herido,
bañará con su llanto *Malvarosa!*....

Són de rasgueada cuerda el aire hiende;
¡cuál gime la guitarra serraniega
con la armonía que el aldeano aprende
en la música triste de la vega!

Luego, una voz de melodioso acento
entona un *triste* de doliente encanto,
en que idioma de amor es el lamento,
y cristaliza la pasión en llanto:

—“Despierta, amor! La Luna resplandece
con menos luz que tus pupilas bellas,
y, en la cerúlea inmensidad, parece
que asoman, por mirarte, las estrellas.

Con su caricia, el aura quejumbrosa
trueca el follaje de tu huerto en lira;
y, ante tu olvido, mi pasión solloza,
y, ante tu encanto, mi ilusión suspira.

Brinda, oh! mi bien, a esta alma que te nombra
en el lloroso acento del gemido:
caridades de luz para su sombra;
caridades de amor para su olvido.

Piedad! piedad! entrecabre, a mi reclamo,
...oriente de mi sol—tu celosía;
¡no mates la esperanza con que te amo;
consuela mi aflicción; ¡sé siempre mía!

Rinda tu amor a mi dolor aleve;
deme tu amor la codiciada palma:
¡una lluvia de rosas en la nieve,
y una explosión de auroras en el alma!..”

—La última nota del doliente canto
murió en la oscura inmensidad desierta,
y, al nombre de don Luis, cual por encanto,
se abrió, gimiendo, del hogar la puerta;

¡gimiendo, sí, con penetrantes sonos,
cual si el dolor del nido tradujera,
al dar súbito paso a los halcones,
codiciosos del bien que defendiera!..

Y a Marta, dijo Luis:—¡Perdón, señora,
si así la importunamos; mas, comprenda
que nunca la amistad llega a deshora,
si el corazón nos trae por ofrenda.

Conozco su virtud; sé del hechizo
de esta flor en las breñas escondida,
que ha venido a trocar en paraiso
la ingrata soledad de *La Florida*...

—Marta, entre complacida y temerosa,
murmuró—gracias—sin alzar los ojos,
y tímida, a su lado, *Malvarosa*,
ostentaba el carmín de los sonrojos.

Presa de miedo y de inquietante duda,
estrechábase a Marta; ¡era el polluelo
que con el ala maternal se escuda,
cuando cerca el halcón despliega el vuelo!..

Luego, en rústicas copas, escanciaron
ese licor que abraza las entrañas,
tósigo en que los hombres transformaron
el inocente néctar de las cañas⁴⁰.

¡Es que sabía Luis—¡cruel experiencial—
que mucho más que el seductor que halaga,
triunfa del poder de la inocencia
el que la luz de la razón apaga!..

Y, sin tregua, las copas, ya vacías,
las brindaban colmándolas con creces,
y con mimos, y ruegos, y falsías,
hacíanlas beber hasta las heces.

¡Rechazar no podían ni el veneno,
porque el señor del pueblo les brindaba:
el mísero no puede ni ser bueno,
y la inopia, en el mundo, es siempre esclava!

Cundió la animación. Entre el murmullo
de voces, y los cantos de la fiesta,
la risa de Griselda era un arrullo
más dulce que los ritmos de la orquesta.

Todos, a un tiempo, hablaban y reían;
trocóse la esquivéz en ardimiento,
y los alegres rostros se teñían
con fulgores de véspero sangriento.

A Marta, Luis decíale:—Señora,
¡brindo por esta flor de *La Florida*;
tan bella, que al mirarla, se la adora,
y, ai adorarla, nunca se la olvida!

—Vació Luis el joyel de la alabanza,
a los pies de la virgen serraniega;
¡falsos diamantes con que el vicio alcanza
que dé la vanidad lo que amor niega!..

Juróle el seductor: cariño eterno,
y ser esclavo fiel de su hermosura;
combatir, por su amor, hasta al infierno,
y, con su amor, brindarle la ventura.

Oíale ella, temerosa, esquiva,
purpurada la faz con los sonrojos;
¡y al fin, brilló una lágrima furtiva
en la profunda noche de sus ojos!...

Pensó en Juan, en su amor, y un ansia opresa
de salvarse y huír, la hirió inclemente:
¡la tímida paloma era ya presa
de la fascinación de la serpiente!..

Cantó el coro los cantos de la tierra,
aquellos cantos con calor de entrañas,
tristes como las tardes de la sierra,
dulces como el amor en las cabañas.

A sus acordes, Luis y *Malvarosa*,
raudos danzaron férvida chilena⁴¹,
ella, cual nunca, cándida y hermosa,
esquivando al galán la faz morena,

con los brazos en jarras, y sonriente;
y él, con la audacia en que el instinto asoma,
cercándola tenaz, con ansia ardiente,
cual cerca el gavilán a la paloma...

El acordeón de ritmos quejumbrosos,
coreaba el canto tierno y dolorido,
alternando cadencias y sollozos,
como un inmenso corazón herido.

De pronto, Marta, prorrumpió en un canto
estridente, la faz toda encendida;
murmuró vagas frases, rompió en llanto,
¡y sobre el lecho se quedó dormida!..

¡Momento cruel! ¡La iniquidad triunfaba
del bien que impulsa al Cielo la existencia,
y de ese casto nido se alejaba,
para siempre, el querub de la inocencia!..

Breve instante, en visible incertidumbre,
ellos turbáronse ante esa alma pura;
al fin, soplo infernal mató la lumbre,
¡y reinó del dolor la noche oscura!...

.....
.....

Cual sol de argento, en lóbrego poniente,
el astro de la noche se escondía,
y al casto beso de la luz naciente,
la estrella del amor palidecía...

Del valle en el silencio funerario,
por doquier, de los gallos las dianas
se oían, y algún trino solitario
llegaba de las frondas más cercanas.

Derramaba el albor lampos de duelo
en *La Florida* desolada y yerma,
cual si sobre ella deshojara el cielo
una divina malvarosa enferma...

Adentro?... ¡lo medroso, lo maldito;
el escarnio salvaje de la suerte;
el lúgubre silencio del delito,
más hondo que el silencio de la muerte!

No cayó con la culpa de la que ama
y hasta la afrenta al de amor prefiere:
¡cayó como las flores de la rama
al golpe del guijarro que las hierde!..

¡Sin lágrimas, sin quejas, sin testigo,
murió la flor de esa inocente vida,
y ascendió a Dios, a demandar castigo,
un suave aroma de azucena herida !



CANTO SEPTIMO

h! cruel tormento del amor que duda!
Más que el olvido, al corazón devora;
entrega el alma a tempestad sañuda;
¡es irrupción de sombras en la aurora!

Vienen con él: el pálido extravió,
la inquietud, el insomnio, el concentrado
celo, la furia y el rencor sombrío:
¡todos los monstruos que engendró el Pecado!

Ruge la vida, sin hallar consuelo;
rebélase el espíritu, iracundo;
¡se ve vacío, como un antro, el cielo,
y más medroso que la tumba, el mundo!

¡De amor el néctar truécase en veneno
cuando enturbiarlo la sospecha alcanza:
es la duda, en amor, gota de cieno
en el cáliz de luz de la esperanza!

Juan, sintió en su alma una ansiedad secreta
al ver a Luis con *Malvarosa*, un día;
ansiedad que, cual mágica saeta,
al pretender sacarla, más se hundía.

Fué para Juan esa inquietud extraña,
sierpe en el corazón, fuego en la herida;
quiso matar, morir, y oculta saña
colmó de hiel la copa de su vida.

En tan rudo pesar, quería el triste
que toda lengua le gritase airada:
¡ya la ventura de tu amor no existe:
está la flor de tu ilusión manchada!

Porque, así, al menos, su dolor tendría
lágrimas, quejas, gritos y clamores,
y, cierto de su mal, se vengaría,
con el rayo que encienden los rencores.

El dolor, a la duda, es preferible,
pues se teme al traidor más que al valiente,
y siempre la victoria es concebible
combatiendo al león, no a la serpiente.

Juzgando su maldad, preciada gloria,
trocó Luis en puñal su inicua lengua,
y, propalando la infernal victoria,
consumó de sus víctimas la mengua...

¡Verter un mar de lágrimas salobre;
hundir en cieno lo que el bien deifica;
robar la gloria del amor del pobre,
es galardón de la protervia rica?...

Ante el mísero Juan, todos callaban,
y él no tenía de su mal certeza,
y más y más las dudas ahondaban
el abismo de horror de su tristeza.

Su enferma madre adivinó el ardiente
pesar del triste, y su interior tormenta:
ja la luz del amor, leyó en su frente
el cruel estigma de la injusta afrenta!

Víctima de parálisis; postrada,
cual en la tumba, en miserable lecho,
sólo podía, en lágrimas bañada,
confiar a Dios las cuitas de su pecho.

En largas noches de aflicción y llanto,
en veces, Juan, lanzaba un alarido;
despertaba ella, trémula de espanto,
y a ese lamento unía su gemido.

Y, en la medrosa paz de la cabaña,
era su estéril, único consuelo,
juntos, de su dolor sufrir la saña,
y justicia y piedad clamar al Cielo.

¿Llegaba al Cielo ese clamor?—¡ Dios mío,
qué hondo misterio tu justicia encierra,
mas la Fe nos redime, aunque el impío
trueque en urna de lágrimas la tierra!

Es tu Cielo la patria del que llora;
a tu piedad cautiva su querella;
sembrado en corrupción, nace a la Aurora
que en lo infinito su fulgor destella.

—Juan, ¡cuántas veces! cual ladrón, furtivo,
iba a acechar la choza de la amada,
oculto en el maizal, hosco, agresivo,
con rayos de furor en la mirada.

Y a fuerza de rumiar su cruel congoja
y maidecir lo aciago de su suerte,
cegábale una mancha roja, ¡roja
como la sangre que el delito vierte!...

En un véspero triste, Juan volvía
de la hacienda del amo; en la pradera
le halló el viejo Tomás, que le quería
como padre, y le habló de esta manera:

—Juan, se dicen ¡qué cosas!... Eres bobo,
o tú no sabes lo que está pasando:
¡se va a comer a tu borrega el lobo,
y tú la quieres defender llorando!...

¿Qué pretende, qué busca ese mal niño⁴²?
¡Los grandes, a los míseros nos pierden;
todos los de su ley, fingen cariño,
y a lo mejor, cual la culebra, muerden!

Pues dile claro: ¡que hunda en el abismo
a esas... que le darán menos trabajo!..
¡Y, hombre, de últimas⁴³, piensa que Dios mismo
no en balde dió a los hombres fuerza y cuajo⁴⁴!..

—¡Más, desde entonces, el dolor le hería,
y, presa de la rabia y el despecho,
en vez de corazón, latir sentía
iracunda serpiente dentro el pecho!

De sus ojos, así, rota la venda,
vió el vórtice sin fin de su amargura,
y, antes de herir en trágica contienda,
quiso gritarle a su ilusión: ¡perjura!

Tomó el sendero gris de *La Colina*,
y al cruzarse con Luis en la cañada,
embriagado en la furia que asesina,
le clavó como un dardo la mirada.

—Hola! Juan! Vas a *ella*? ¡Buen viaje!
Dile que estoy, por su beldad, perdido....
—¡ Y ráfagas de fuego y de coraje
arrancáronle a Juan sordo rugido!

Marchóse Luis, y Juan, pálido, mudo,
oyó que le decía:—¡Es tarde! ¡es tarde!...
—¡No pudo más, y, en ademán sañudo,
asiendo un canto, le gritó:—¡Cobarde!

Feroz, sombrío, penetró en la choza;
Marta le vió con ansiedad y espanto;
quedóse como muerta *Malvarosa*...
¡y Juan no pudo contener el llanto!

Trocóse su ira en aflicción suprema,
—¡cruel Amor, no odias nunca el bien perdido!—
y de su pecho, en vez del anatema,
¡se escapó el alma en un febril gemido!

Con el cariño y el rencor en brega,
sin cesar de gemir, llegóse al lado
de Griselda, ¡sumiso, cual se llega
a su señor, el perro castigado!

— Griselda--dijo—te amo, y tengo miedo
—¡estoy loco!—de amarte y de perderte!
¡Al verte así, Griselda, sólo puedo
odiar la vida y anhelar la muerte!

Por *él*, mis días se han tornado oscuros;
por *él*, me asaltan crueles desvaríos:
¡nunca le hablen tus labios, que son puros!
¡no le miren tus ojos, que son míos!

Por *él*, mi mano, generosa, honrada,
cuando oprime el puñal, ¡qué gozo siente!
¡Y presto en sangre la verán manchada,
y tú, sí, tú serás la delincuente!..

¿Cómo la senda de tu bien perdiste?
¿a tu mísero Juan le has olvidado?
¿qué has hecho, ingrata, del amor del triste?
¿en qué abismo fatal te has despeñado?..

—Hablabá entre sollozos, jadeante,
con la suprema angustia del tormento,
agotando, como el agonizante,
en la última oración, su último aliento.

Marta, sin verle, trémula, le oía,
con dos fuentes amargas en los ojos;
y *Malvarosa*, sin cesar, gemía,
encendida la faz por los sonrojos.

¡Mas no era su pudor el que colora
los lirios de la cándida hermosura,
no era la luz de la interior aurora,
reflejo de las albas de la altura:

era la sangre que en oleada intensa
lanza a la faz el corazón que acusa;
el delator carmín de la vergüenza,
que sólo al bien su mácula rehusa!

Hubo un silencio trágico—¡el mutismo
de la culpa ante el bien!—¡Y esa alma buena,
en vez de su ilusión, miró un abismo
más profundo y más negro que su pena!...

No le hablaron—¡mentirle no podían!—
Cual la Esfinge, el enigma le ocultaban,
mas la angustia y las lágrimas decían
lo que los labios tímidos callaban...

Se alejó Juan, cual ebrio o extraviado,
adusto, torvo, con la faz de cera,
como marcha al suplicio el condenado
que ni piedad ni redención espera.

Y vió el pueblo, los campos florecientes,
y la luz insultaba a su tristeza:--
¡ante el dolor humano, nada sientes;
eres madrastra cruel, Naturaleza!

Y miró en el confín, plácida y bella,
“La Ausonia”, como flor del horizonte,
¡e ímpetus tuvo de arrojar sobre ella
la ingente masa del cercano monte!

Cerró los puños, y, cual sierpe en celo,
lanzó su lengua grito furibundo;
¡y vió vacío, como un antro, el cielo,
y más medroso que la tumba, el mundo!

A highly decorative, black and white initial letter 'C' with intricate scrollwork and floral patterns. The letter is positioned at the start of the title.

CANTO OCTAVO

No mancilla el dolor, sino el delito.
Digno de afrenta es sólo el que se abate
del crimen a merced. El vano grito
del alma que se rinde, sin combate,

al mal, desoye la Piedad divina.
Pero el infausto que sin culpa llora,
y por senderos lóbregos camina,
víctima de protervia triunfadora:

ino es culpable, Señor: es inocente,
digno de tu clemencia sacrosanta;
digno de que tu amor omnipotente
le diga, como a Lázaro: levanta!

¿Es culpable la flor que el viento arranca,
y da al fango el aroma de su seno?
¿Es delincuente la paloma blanca
que, herida, rueda en el inmundo cieno?

Aunque el llanto es rocío de la vida,
y única flor del corazón, la pena,
salva, al herir, la pena merecida,
pero la injusta y cruel, ¡sólo envenena!

La blanca choza del alcor florido,
flotante en brumas de orfandad y duelo,
semeja, entre las frondas, roto nido,
bajo la fría majestad del cielo.

Siempre entornadas las sombrías puertas,
cual celando del nido la amargura,
y adentro, en soledad, las almas muertas,
llorando su infinita desventura.

Hay en todo tinieblas de misterio;
no sé qué amargos dejos de tristeza;
un silencio letal de cementerio;
una paz melancólica de huesa.

Parece Marta el ángel de la angustia,
herida siempre por ignoto espanto,
¡y ya es Griselda *malvarosa* mustia,
aljofarada de perenne llanto!

Cercan sus ojos lívidas aureolas,
y lágrimas, insomnios y martirios,
de su faz las sangrientas amapolas
han transformado en macilentos lirios.

Cantar, como antes, el dolor la impide;
mudo fantasma en el hogar parece,
¡y al tejer el toquilla, agua no pide:
con la "sangre del alma" lo humedece!

Su madre, en vano, impúlsala a que acuda,
cual ayer, diligente, a las labores;
tarde, el rebaño, en los rastros, muda⁴⁵,
y el rebaño se queja en los alcores.

Sus flores predilectas se han secado,
y del pequeño palomar del huerto,
ingratas, sus palomas han volado,
y sus gorriones, en olvido, han muerto.

¡ Y piensa en Juan! Su imagen la persigue,
y la aterra el delirio con que lo ama,
y al quererlo olvidar, sólo consigue
que más la abrase del amor la llama.

¡ Y sabe que, por ella, Juan padece,
y que, impulsado por su cuita eterna,
con su amor y su mal, ha dado en ese
como antro de Dionisio: la taberna!

¡ Por ella, sí, por ella que le adora,
y que sólo su amor hubo anhelado;
por ella que le sueña, que le llora,
pero que ay! su ilusión ha mancillado!

Ella?—¡nunca jamás! El Cielo sabe
que no manchó ella de su amor las galas,
cual no mancilla su plumaje el ave
que, herida, en el fangal hunde las alas!

Ya no va con su madre a *La Florida*;
huye de todos, y su afrenta oculta,
porque todos ahondan más su herida
con el escarnio o la piedad que insulta.

Ante ella, sus rivales, ¡cuál se engríen
y en más honda abyección mirarla anhelan,
y de su injusta desventura ríen,
y lanzan frases que de horror la hielan!

Sobre su cuadro de la Virgen, ¡tánto
ha llorado, que está descolorido,
y cree la infeliz, en su quebranto,
que, por no oírla y consolarla, ha huído!...

Y más se aumenta su aficción, si mira
a su madre que, enferma, desfallece,
y, en noches de terror, febril, delira,
y gime y llora desde que amanece.

¡Qué pálida su faz! En agonía,
su triste corazón, exangüe, late...
¡La luctuosa Orfandad, su ala sombría
sobre la frente de Griselda bate!

Marta, sufrió sus penas, resignada,
amando y bendiciendo al Inefable;
¡pero el dolor de la hija idolatrada,
del que se juzga la única culpable,

como un áspid, retuércese en su pecho,
envenenando la mortal herida,
y mira cada instante más estrecho
el horizonte oscuro de su vida!

¡Llegó el trance fatal! Aquel amante
corazón, blanco de la aciaga suerte,
en su sangrienta cárcel, anhelante,
palpitó sin compás, ¡y quedó inerte!

Griselda la miró, pálida, fría,
desencajada, sin aliento, yerta;
¡viéndola así, dudar bien se podía
si Marta o *Malvarosa* era la muerta!

Ai cadáver, sus brazos, amorosos,
oprimieron; besó su rostro helado,
y repetía, ahogándose en sollozos:
—¡Ay madre, mi maldad te ha asesinado!...

¡Sin tu amparo y amor, sola en el mundo!...
—¡Y a su fúnebre grito contestaba
del mastín el ladrido gemebundo
que en las cóncavas breñas resonaba!

¡La enloqueció el dolor! ¡qué aterradoras
sus visiones! qué inmenso su quebranto!
¡Midió su corazón aquellas horas,
cual sangrienta clepsidra, con su llanto!

Ante el humilde túmulo, de hinojos,
oraba, dando voces angustiosas,
y, en la lívida faz, eran sus ojos
dos húmedas heridas luminosas.

Lució por fin el alba, un alba triste,
con hlovisna, sin luz, envuelta en nieblas;
una de aquellas aibas en que existe
más misterio y horror que en las tinieblas.

¿Llorar, en esa aurora, el Cielo quiso,
para hermanarse de Griselda al duelo?
¿Lloró sobre esa flor del paraíso
manchada por el légamo del suelo?....

Abajo, en *La Florida*, la campana
plañía con lamentos de ultratumba:
¡solemne voz de la piedad cristiana
ante el siniestro arcano de la tumba!

El cortejo bajó desde el bohío;
tras el pobre ataúd, ¡cuán pocos iban!
¡Los tristes que en redor ven el vacío,
todas las hieles de la pena liban!

Entraron en el Templo silencioso,
y el ataúd, con fúnebres ruidos,
pusieron sobre el túmulo luctuoso,
¡y prorrumpió la huérfana en gemidos!

Revestido de negro, el viejo Cura,
celebró el Sacrificio sacrosanto,
¡y, en el augusto instante, con la pura
sangre del Redentor, mezcló su llanto!

Pues bien sabía la fatal historia
de aquellas almas que enlutó un malvado;
almas nacidas para la alta gloria
que Dios a la virtud ha reservado.

Lúgubrementemente, el órgano gemía
con los trenos de horror del *miserere*—
¡terrible voz del alma en agonía
que a las terrenas vanidades hierde!

Invadiendo las naves, esas notas
lanzaban quejas, súplicas y gritos,
cual si en coro clamaran las ignotas
y dantescas legiones de precitos.

—¡Piedad, Señor! te imploran los que gimen;
el que a tus pies se arrastra, vil gusano;
los que naufragan en el mar del crimen,
los que levantan contra Tí la mano.

¡Misericordia! Los humanos ojos
—cieno do esplende un rayo de tu lumbre—
no miran en la tierra sino abrojos,
y les tiene la noche en servidumbre.

¡Piedad, Señor! La miserable arcilla
contra tu santa ley se ha rebelado;
mas ya, Señor, a tu poder se humilla:
¡sálvala del abismo del pecado!....

—Griselda, al són del himno pavoroso,
sollozaba convulsa; ¡parecía
que en los ritmos del órgano lloroso
su atormentado corazón gemía!

¿Cuál el consuelo a su dolor?—Enfrente
—¡aún, por el mortal, agonizando!--
de vil madero, vió a Jesús pendiente,
y al pie, a la Madre de su amor, llorando.

¡Ella podía consolar su pena;
Ella a quién siempre la orfandad implora;
Ella que nunca es al dolor ajena;
Ella que siempre con los tristes llora!

Y voló al cielo su oración—paloma
de alas sangrientas, que llevóle a Ella:
de la azucena de la Fe el aroma,
y el salmo de la Vida: la quere'la.

Después, del cementerio en la tristeza,
cavando en tierra gris, como ceniza,
le acostaron a Marta en una huesa
sombreada por fúnebre altamisa ⁴⁶.

¡Y quedóse en el triste camposanto,
para dormir eternamente en una
aciaga tierra, que regó con llanto,
y do el cariño no meció su cuna!

Como el ave que, al tético estampido
del trueno que precede a la tormenta,
huye al refugio plácido del nido,
y esquiva en él la airada sobreviviente:

Griselda, al ver en honda sepultura
su bien; y su existencia en desamparo,
vió como su ángel salvador al Cura,
y fué a implorarle compasión y amparo.

Hallóle en oración. Cayó de hinojos
ante él, como ante el juez el delincuente,
y anegados en lágrimas los ojos,
en las manos la faz, desfalleciente,

exclamó con acento gemebundo:

—Mi único bien, mi amparo fué mi madre;
vivir sin ella no podré en el mundo;
¡tenga de mí piedad! ¡sálveme, Padre!

—Y él— como Hamlet a la dulce Loca—:
¡Vete a un convento!—dijole.—Perdida
la dicha, Dios resérvate esa roca
en el naufragio horrendo de tu vida.

En donde acaba el mundo, empieza el Cielo.
Abrázate a la Cruz; ella redime;
calma la ruda tempestad del duelo,
y discipa la noche del que gime....

—¡Y ella miró lucir sobre su frente
la salvadora luz de esa esperanza
que, en el mundo, consuela al inocente,
y que, en el Cielo, el infortunio alcanza!

¡Aquella alma tan mísera y contrita
tuvo por grito y eco de su pena:
la plegaria inmortal de Margarita
y el divino perdón de Magdalena!

A decorative initial letter 'C' with intricate scrollwork and floral patterns, positioned to the left of the text.

CANTO NOVENO

Del sol a las caricias, la amplia vega
resplandece, sonríe y se engalana;
día para el encanto de la siega,
soiaz y ensueño de la gente aldeana.

Desde el abrupto monte y los alcores,
cantando, por los ásperos bre ales,
descienden los alegres labradores
a la pampa que doran los triga!es.

Todos visten la rústica zamarra;
todos empu an falces relucientes,
y el aire, el s n del caracol, desgarrar,
y la ronca bocina, con dolientes

ritmos, anuncia la anhelada fiesta;
¡ritmos que en vano compasión imploran,
poblando de lamentos la floresta
do los hijos del Sol, huérfanos, lloran!

Llega también Juan Flor, siempre ceñudo,
y muestra en la expresión de su quebranto,
fuego en los ojos, y en el labio mudo,
“la amarga contracción próxima al llanto”.

Ensambruce su faz la cruel tortura
del corazón rebelde al sacrificio,
y se refleja en su pupila oscura
el fuego destructor que atiza el vicio...

Aquel día, “La Ausonia”, ¡cuán sonriente!
Solicito, el patrón todo lo ordena;
distribuye el trabajo entre la gente⁴⁷,
y a todos estimula a la faena.

Con los hierros dentados que al sol brillan,
va adelante la hueste segadora;
después, los que recogen y agavillan,
y detrás, la caterva espigadora.

Un conuento de risas y de voces
alegra la labor y las campañas,
y, en compasado són, las férreas hoces
cortan del trigo las sonantes cañas.

Quedan los campos negros y dolientes
sin su manto de luz y su tesoro,
y en la éra, los parveros⁴⁸, diligentes,
la mies hacinan en columna de oro.

Súbito, a Juan asalta un pensamiento
fatídico, terrible, cual su suerte,
que acrecienta su bárbaro tormento
y le incita al delito y a la muerte:

¡Piensa que aquella tierra aborrecida,
en inconsciente afán, su sudor moja,
a que goce el verdugo de su vida,
a que sus frutos la maldad recoja!

Y ciéganle la rabia y el despecho;
la falce arroja; proseguir rehusa
la empezada labor, y, sobre el pecho,
con resuelto ademán, los brazos cruza.

—¡Juan Fior! ¡qué es eso!—èi capataz le grita.
Y Juan nada ve ni oye, ensimismado,
y el capataz contra él se precipita,
le insulta, y en la faz le azota airado.

¡Despierta en Juan la fiera que dormía!...
¡Ve su sangre correr, la ira le exalta,
y, cual tigre al que acosa la jauría,
sobre el verdugo que le hiere, salta!

Le ase del cuello su crispada diestra,
lo derriba con ímpetu violento,
y lo oprime, lo oprime, con siniestra
faz, sofocando el tempestuoso aliento.

Con asombro y terror, la gente mira
la rebelión de Juan, y su combatè;
acude, al fin, para salvar de su ira
al que a sus pies, ya exangüe, se debate.

Don Cosme, que recorre la campiña,
mira el motín y avanza presuroso,
porque su alto poder mengua tal riña,
y contra Juan revuélvese furioso;

— ¡Así---ruge—villano, recompensas
mis favores? ¡Escándalos, salvaje,
provocas sin razón, y ante mí? ¡Piensas
que puedo tolerar tamaño ultraje?

¡Vete lejos de aquí, y arma contienda;
aquí no se soporta a la morralla!
¡Cual lo has querido, vete de la hacienda,
y si te vuelvo a ver, tiembla, canalla!

--Juan, restañando de la faz la herida,
por la ruta que avanzó a su bohío,
se aleja de esa tierra maldecida,
más rebelde que nunca, y más sombrío.

Trágico pensamiento le obsesiona;
un turbión en su pecho se desata;
¡ya no siente piedad! ¡ya no perdona!
su invencible rencor le grita: ¡mata!

¡Sangre! pide su amor; ¡sangre! su duelo...
¡Irá después de los malvados gimen,
y tendrá, en el presidio, por consuelo
la venganza de la honra contra el crimen!

Llega a la choza. En lo íntimo del alma,
la tempestad esconde, que le inquieta,
e indiferente, con fingida calma,
dice a su madre, asiendo la escopeta:

—Voy al monte; tal vez vuelva de noche.
Anda por hay ⁴⁹ un lobo carnicero,
y los de arriba, dícenme que anoche
ha devorado a mi mejor cordero....

—Mas, afuera, ya a solas, su dormida
bondad, despierta en la conciencia, airada,
¡y siente el santo impulso que a la vida
mantiene en el deber crucificada!

Mira ante sí: la potestad triunfante
del amo; la ignominia que le espera;
a su madre infeliz, agonizante,
y a una turba que, ante él, prorrumpo: ¡muera!

Mas ay! piensa también en la adorada
ventura—¡su ilusión, que ya no existe!—;
en Griselda, en el Claustro sepultada,
y en sus amor, que a olvidarla se resiste..

¡Y vence, al fin, la fiera que dormita
en lo interior del corazón humano;
la que de sangre quiere estar ahita,
y ruge, y arma de Caín la mano!

¡Y va apagar la voz de la conciencia
que le repite sin cesar: ¡sé bueno!
en el opio del mal y la indigencia:
el alcohol! . Y en cambio del veneno

que exalta, y no consuela, al desdichado,
¡entrega en la taberna de la orilla—
reliquia de su amor y su pasado,
hermana de su pena—la quintilla!...

¡Ya se siente feliz, fuerte, animoso;
fuego discurre por sus lúxas venas:
vengarse puede ya del poderoso,
aunque arrastre después férreas cadenas!

Luis vendrá, por la tarde, a *La Florida*;
y él, emboscado en el jaral sombrío,
le arrancará sin compasión la vida,
y le dará por sepultura el río.

Ya le mira a sus pies, trémulo, herido,
clamándole... ¡piedad!... lleno de espanto,
y él, entonces, le grita enfurecido:
¡devuélveme mi amor, mi honra, mi llanto!...

De pronto, a sus espaldas, cariñosa
voz le nombra, y le dice con dulzura:
—¿Qué afán por esta senda te encamina?—
Vuélvese Juan, y al contemplar al Cura,

palidece, vacila, no responde:
¡le aturde aquella voz acusadora!
Y el Cura insiste:—¿Dónde vas? ... ¿a dónde?
¡Tal vez, infortunado!... ¡esa arma!... ¡a esta hora!..

—¡Y aquel acento místico y severo
tuvo la augusta potestad del grito ...
que a Saulo derribó en el sendero
para alzarle después a lo infinito!

¡Del vil rencor a la implacable fiera,
la cristiana Virtud bendice y doma:
a su voz, enmudece la pantera,
y arrulla dulcemente la paloma!

Desata Juan la fuente de su llanto...
Y dícele el Pastor:—¡Pobre hijo mío,
tengo que hablarte y consolarte tanto!
Yo te daré la paz; en Dios confío....

--Y ordenándole:—¡Sígueme!—se aleja
con él, por el camino solitario:
¡es el pastor que a la extraviada oveja
conduce a los apriscos del Calvario!

La tarde enciende sus gloriosas lumbres
en el azul profundo del vacío,
da clámides de púrpura a las cumbres
y en torrente de sangre trueca el río.

Hay conciertos de amor en la llanura;
semejant piras de oro las montañas,
y asciende en espirales a la altura
el humo del hogar de las cabañas.

Del monte por las sendas desoladas,
retornan los rebaños triscadores,
y, con solemne paso, las vacadas,
al són de los cuitados rondadores⁵⁰....

Penetra Juan del párroco en la estancia,
de tenue luz y de sosiego llena,
donde, cual de un jardín de la distancia,
se aspira un vago aroma de azucena.

—Hijo— el Cura le dice.—Dios te quiere
cuando te abrumba con tamaño duelo;
el malvado es feliz; Dios sólo hiere
al justo, a que la dicha halle en el Cielo.

Bello fué el bien que amante perseguiste;
pero oye, Juan: es la virtud más bella,
y más santo el deber... Dios salva al triste
que en oración transforma la querella.

Olvida, Juan, ese fatal cariño....
Piensa en tu madre, que ora te reclama
la protección que te brindó de niño
y la inmensa ternura con que te ama.

¿Que fué tu dicha aquel amor?... ¡Cuán pocos
ven cuerdamente el bien por que suspiran:
¡la dicha y las visiones de los locos,
existen... en los ojos que las miran...!

—Calla, y, con voz solemne y armoniosa,
prosigue: -- El guarda tus consuelos, hijo.--
Y señala su diestra temblorosa
--divina flor de sangre--el Crucifijo.

—¿Ves su llagado cuerpo? ¿En la cabeza,
guirnalda de sacrílegos abrojos;
en la lívida faz, letal tristeza,
y trémulos rubíes en los ojos?....

¡Y El fué tan justo! Ni una sombra leve
manchó de su alma el lirio inmaculado,
¡y así le ha herido la protervia aleve,
y contra vil madero le ha clavado!

¡Tú, pecador, execras el castigo
y en sangre quieres aplacar tu duelo,
mientras Jesús, tu Dios, de su enemigo
se venga y le castiga... con el Cielol

—En la paz de la estancia ensombrecida,
muere de amor el dulce Nazareno,
y, ante El, lanzando el arma fratricida,
Juan exclama:— ¡Dios míol... ¡seré buenol...

A decorative initial letter 'C' with intricate scrollwork and floral patterns, positioned to the left of the text.

CANTO FINAL

 Tarde sombría del pluvioso Octubre;
semeja el cielo inmensurable abismo;
siniestra bruma el horizonte cubre;
medrosa paz anuncia el cataclismo.

De pronto, un trueno, con fragor que espanta,
de la sierra en las gárgolas y huecos,
retumba, y su bramido se agiganta
en sucesión interminable de ecos.

Parece que en las célicas regiones
máquina férrea y pavorosa estalla,
y que, tronando, incógnitas legiones
retan al mundo a la última batalla.

El aire tiembla; de las nubes rotas
del rayo por la espada y el estruendo,
cae la lluvia en crepitantes gotas,
y el rabioso huracán llega rugiendo.

A su paso, los árboles se inclinan
y gimen, abatiéndose vencidos,
y aun los montes parece que vacilan.
En negras cataratas convertidos,

los arroyuelos—llanto de la sierra—
saltan tonantes desde la agria loma,
cual si intentaran perforar la tierra:
¡sobre la tierra el cielo se desploma!

¡La tempestad del trópico! ¡tremenda
ira de Jehová, que a juicio llama
a la tierra que, en hórrida contienda,
vacila, cruje, se rebela y brama!

El Paute, de torrentes procelosos
henchido, es mar de linfas cenagosas;
fingen sus ondas monstruos fabulosos
crinados de serpientes espumosas.

¡Indómito, socava las riberas,
mina el peñasco, el dique desmorona
y empuja su corriente a las praderas,
y es su himno, el himno que la muerte entona!

Cesa el fragor de la tremenda lucha;
rayos no forjan las celestes fraguas;
como eco de la lid, sólo se escucha
el dantesco alarido de las aguas. . . .

De *La Florida*, ¿a dónde huye la gente
presurosa? ¿por qué tal vocerío?
Atónita, ¿qué mira en la corriente
del formidable y tenebroso río?

¿Un náufrago, tal vez, al que en la playa
sorprendió la creciente, que lo inmola?
¿Alguien que, asido a un árbol, se desmaya,
luchando con los ímpetus de la ola?

—Fué don Luis!...¡yo lo ví!—dice un labriego.—
Ebrio, muy ebrio, en su caballo blanco,
llegó a la playa, y, como estaba ciego,
al río descendió por el barranco.

Entre espumas surgió, aún montado,
y presúmí, en verdad, que se salvaba,
porque iba entre las ondas ¡tán confiado
en el bridón que, como pez, nadaba!

Mas, luego, por los tumbos impélido,
del caballo cayó; pero, valiente,
nadando, llegó allá, donde está asido
a esa rama, que azota la corriente...

--¡Salvémoslo, por Dios!--en coro, grita
la muchedumbre. Empero, ¿qué alma fuerte
en tan airado mar se precipita
a robar esa víctima a la muerte?

Allí está el salvador, el que se arroja
al pavoroso abismo: ¡Juan, el bueno!
De la ruana y la blusa se despoja,
y al hirviente raudál se echa sereno

Las ondas negras, cual polares brumas,
hiende soberbio, como un diós marino,
y el restallante "látigo de espumas"
rompe en su faz el monstruo cristalino.

Avanza audaz, las aguas dividiendo
con el pecho y los brazos arrogantes,
y, cual león, la greña sacudiendo,
lanza en su torno lluvia de diamantes

Avanza.... ¡llega ya! Su hercúleo brazo
extiende a Luis que, lívido, lo espéra,
¡y luego, en salvador, fraterno abrazo,
lo conduce triunfante a la ribera!....

—¡Le vuelves a la vida, al que te ha herido!
¡al que te hundió en la sima, lo has salvado!
¡Contéplalo a tus plantas, confundido,
y dí si la Virtud no te ha vengado!....

—Juan, sin cuitas, sin lágrimas ni enojos,
alza al Cielo la faz pálida y bella,
y fulgura en la noche de sus ojos
la santa luz de la primer estrella;

que no fué entonces el diamantino loto
que en la frente del véspero rutila:
¡para mirar a Juan desde lo ignoto,
abrió Dios, en la sombra, su pupila!

¡Por vez primera, aquella lumbre pura,
desde el imperio de la Eterna Aurora,
no bajó en vano a la mansión oscura
donde la Humanidad, proscrita, llora!...

Algún distante trueno retumbaba
de la sierra en la adusta crestería;
la noche por las cumbres avanzaba,
¡y en el alma de Juan amanecía!...



NOTAS

1 MALVAROSA.—A la humilde aldeana que hace de protagonista de este poema criollo, le hemós dado el nombre de tan bellísima flor, porque, a no dudarlo, la *álthea rosca* es una de las que mejor representan la flora campesina del Azuay.

Hablando de la *malvarosa*, dice el Dr. Luis Cordero en sus importantes "Estudios Botánicos"—que nos han servido, en estas Notas, para describir y dar sus denominaciones técnicas a ciertas plantas que se mencionan en el poema—:

"Bella planta de jardín... Los indios la cultivan con afán, en los diminutos huertecillos que tienen en la parte delantera de sus pobres casas. Las flores de la malvarosa, del clavel, de la poma, de la azucena, etc, artificiosamente entrelazadas, en elegantes macetas de romero, van a ostentar la fervorosa y sencilla devoción de estos infelices, en el templo de la respectiva parroquia".

Y aquí cumpelenos decir algo sobre el motivo y las tendencias de este ensayo de poesía realista y nacional, que esperamos merecerá indulgente acogida de parte de

nuestros amigos y compañeros en letras, no por lo que él pueda valer y significar como obra de arte, sino por su relativa adaptación a la fudole, al ambiente y a las costumbres del terruño.

La poesía ecuecana—que tantos y tan justicieros encomios ha merecido dentro y fuera del país—no ha salvado, por lo general, los límites del subjetivismo: su esfera de acción ha sido el sentimiento individualista; y su ideal,—“la doliente pasión de lo infinito”.

Nuestros poetas—creyentes y románticos de subidos quilates—han convertido sus poemas en búcaros de flores etéreas, que inspiran vagos anhelos, ansias de imposible ventura y *el horror al vacío* de la negación y la realidad.

Plácele al numen recoger flores de ensueño en los jardines de oro del reino interior; plácele al espíritu ir a caza de estrellas y escudriñar los misterios del espacio sideral; pero, como bien dice un ilustre crítico: “la realidad es una musa de cuyos senos nadie puede apartarse impunemente”. El ideal, la ventura, como los astros, aunque excelsos y adorables, son inaprehensibles. Vale más y es más cuerdo extraer del carbón del dolor los diamantes del arte y de la vida, y amar y poseer las flores de la tierra, aunque efímeras, y aunque saugren nuestra mano los espinos que las defienden....

Siguiendo la ruta que han abierto, con hacha de oro, en la virgen floresta de la literatura nacional, algunos de los Hércules de nuestra lírica, hemos intentado en *Malvarosa*, una como tímida reacción contra nuestra tradicional escuela poética, procurando que el *yo* quede descartado de la obra, para dar mayor cabida a la realidad exterior y a la acción y la psicología de los personajes.

Hoy y siempre, la vida y las calladas tragedias de *los humildes* y de *los miserables*, han sido y serán ricos filones donde halle el arte tesoros de hermosura y enseñanzas, y donde la flor de la poesía se aljofare con lágrimas sinceras.

Deliberadamente, hemos elegido un tema humano y veraz, que tiene por base un hecho de observación casi diaria en la existencia seuprimitiva de nuestras poblaciones rurales: hemos descendido al último plano social en busca de la heroína del poema, codiciosos de

identificarnos con el alma popular, y traducir sus sentimientos y dolores, trocando en pálidos versos los latidos del corazón de la raza que rindióse a merced del conquistador latino.

Respecto a la tendencia moral del poema, debemos confesar que no ha sido nuestro propósito rendir el homenaje de moda a las ideas y rebeldías de cierta clase social, no siempre ceñida a lo justo en sus insólitas pretensiones de mejoramiento y en sus exigencias de predominio. Por ventura, en nuestra naciente democracia, no asoma aún el morbo socialista y anárquico: la juventud, plétórica de energías, resiste, victoriosamente, al cáncer que destruye los organismos gastados y caducos. Además, creemos que la ley del orden, es suprema ley en las colectividades humanas, y que los individuos y las clases se desorientan y frustran sus fines cuando abandonan el rol que naturalmente les corresponde en la jerarquía política. Así, el amante de *Malvarosa*, no es congénere de *Juan José*, ni de *Manolín*; quizá, más bien, tenga algunos puntos de analogía con el simbólico *Juan* de los "Buenos y los Sabios"....

Algunos amigos, que de antemano conocían el plan del poema, opinaron por que su desenlace debía ser más trágico y realista: la justicia venganza de *Juan*, o el hundimiento de *Malvarosa* en el abismo de la fatalidad y del vicio. Pudo ser; pero, fieles a nuestra creencia en la acción moralizadora del arte, y atentos a las costumbres y a la ingénita bondad de nuestro pueblo, hemos preferido, como resolución del drama, que la fe y el perdón cristianos rediman a las oscuras víctimas del propio infortunio y de la ajena culpa. Más todavía, nos hemos dicho: ya que en nuestra vida, desgraciadamente, triunfa con frecuencia el mal; que, a lo menos, en nuestras humildes obras triunfe siempre la virtud.

Cuanto a la forma literaria del poema, de propio intento, hemos huído de las galas nuevas y de los preciosismos en boga, posponiendo los floreos retóricos a la naturalidad y sencillez de la elocución, a fin de que la *manera* poética guarde armonía con el carácter de los personajes y con el ambiente moral y físico en que actúan.

Por lo demás, bien sabemos que en éste, con más ra-

zón que en nuestros anteriores ensayos, hallará la crítica mucho que observar y corregir: ¡estamos tan lejos de suponer que hemos realizado nuestro propósito! ¡Era tan vasto y complejo el tema, y tantas las dificultades de fondo y forma que hemos pretendido vencer! Todos saben, cuán grande es la diferencia que existe entre la idea que bulle en la mente, y la que se logra cautivar en el signo. El pensamiento, como la mariposa prisionera, déjanos solamente el fugaz polvillo de oro de sus alas, que acrecienta la nostalgia de la hermosura siempre esquiva y adorable....

Concluiremos esta Nota, haciendo nuestras las siguientes frases del cantor de *Tabaré*: “No soy yo quien debe decir si en estas páginas se respiran o no las auras de la patria; si el poema es nacional; si sus árboles son nuestros árboles, sus rumores son nuestros rumores; sus alboradas y sus tardes, las alboradas y las tardes de nuestra tierra incomparable; si el pájaro que canta, y el río que corre, y la loma que despierta o se arropa en su neblina, son o no nuestras lomas, y nuestras estrellas y nuestros cantos.

Ah! si lo fueran!”

- 2 *Amancaes*:—*pancratium*.—Especie de narciso.
- 3 *Granadilla* [de mate]:—*pasiflora ligularis*.—“Especie trepadora, que produce agradable fruta.... Prospera en nuestros fundos de temperatura benigna”.
- 4 *Pimientos indianos*:—*capsicum pubescens*—Ajíes *rocotos*.
- 5 *Solitario*: ave canora, indígena de los valles azuayos.
- 6 *María*: protagonista de la célebre novela del colombiano Jorge Isaacs.
- 7 *Alverjal*: sembrera de guisantes.
- 8 *Capulí*:—*prunus salicifolia* o *cerasus salicifolia*.—....“ lo que más recomienda a este cerezo o ciruelo es lo copioso de su fruto, de sabor tan variado, que no hay, sino por rareza, dos árboles que lo produzcan igual. Madura este fruto en los primeros meses del año, cabalmente cuando los pobres labriegos, y sobre todo los indios, han consumido la escasa mies de la cosecha y no cuentan con alimento bastante....cojen grandes porciones de la fruta y tienen con que acrecentar su miserable sustento”.
- 9 *Fresno*:—*tecoma azaleacifolia*.—“Hermoso árbol ornamen

- tal, impropriamente conocido con el nombre de *fresno* (pues nada tiene que ver con el *Fraxinus excelsior* de Europa). Sus grandes y abundantísimas flores anaranjadas le dan un aspecto muy bello....”
- 10 *Aguacate*:— *persea gratissima*.—“Arbol americano que produce el excelente fruto que llamamos *aguacate*, y los indios, *palta*”.
- 11 *Cañaro*:— *erithrina umbrosa*.—“Arbol de bastante corpulencia, cultivado en muchos huertos, especialmente por lo ornamental de su tupido y verde follaje.... Sus bellas flores son rojas; su fruto tiene la forma de un fréjol muy grueso....”
- 12 *Maguey*: *ágave*, *cabuyo*.
- 13 *Gigantón*:— *cereus peruvianos*;—“generalmente conocido con los nombres *aguacolla* o *gigantón*, alusivo, este último, a la fantástica altura de sus tallos”.
- 14 *Teniente* (político): primera autoridad parroquial.
- 15 *Cashiles*: voz quechua con que se designan los surcos en los cuales siémbrese, ordinariamente, cobada con profusión, y que sirven para deslindar diversas sementeras, o las partes de una misma.
- 16 *Poyos*: bancos de adove.
- 17 *Tumbados*: guardillas, o, más propiamente, el espacio comprendido entre el cielo raso y el techo.
- 18 *Morenica del Rosario*: Así, tan dulcemente, llama a la Virgen de esta advocación, el poeta azuayo Honorato Vázquez, en un bello romance en castellano antiguo, a Ella dedicado.
- 19 *Centifolia*: rosa de cien hojas.
- 20 *Toquilla*: sombrero de la paja de este nombre — *carludovicica palmata*—, más comunmente llamado *Panamá hats*.
- 21 *Saya*: falda de bayetilla, del color que los campesinos llaman *rosaclavel*.
- 22 *Cotona*: rústica blusa de bayeta del país.
- 23 *Estanco*: aguardentería, taberna.
- 24 *Acabar el día*: completar las ocho horas legales, cuando no se trabaja a destajo.
- 25 *Triste*: yaraví.
- 26 *Quintilla*: instrumento musical de notas dulces y tristes, formado con dos flautas gemelas.
- 27 *Minga*: junta de labriegos para efectuar, gratuitamente, una labor agrícola.

- 28 *Mingado*: comprometido para la *minga*.
- 29 *Poncho*: ruana.
- 30 *Parada*: extensión de terreno en que trabaja un solo peón en las escardas, rozas y otras labores análogas.
- 31 *Chicha*: bebida fermentada de maíz.
- 32 *La Restauración*: con este nombre se conoce en la historia nacional el glorioso movimiento político que en 1883 iniciaron los patriotas ecuatorianos contra la dictadura del General Ignacio de Veintemilla.
- 33 *Deshoja*: deshoje del maíz.
- 34 *Derroche*: diversión, holgorio.
- 35 *Poseción*: parcela.
- 36 *Concierto*: jornalero agrario.
- 37 *Jarana*: diversión escandalosa.
- 38 *Tocar el violín*: cooperar con intencionado disimulo a un amorío.
- 39 *Tono triste*: canción criolla.
- 40 Refiriéndose al *jugo de las cañas*, el laureado poeta Crespo Toral dice, en el canto XXVIII de la "Leyenda de Hernán":
- "¡Dulce licor del campo, que inclemente
en veneno ha trocado la codicia!"
- 41 *Chilena*: baile semejante a la jota española, originario de Chile.
- 42 *Niño*: patrón, caballero.
- 43 *De últimas*: por último.
- 44 *Cuajo*: audacia, arrojo.
- 45 *Mudar el rebaño*: cambiarlo de sitio en las dehesas o rastrojos.
- 46 *Altamisa*:—*franseria artemisoides*.—"Arbusto natural del país, llamado impropriamente *altamisa*, por la analogía, sin duda, de su olor con el de la altamisa europea". Se propaga en los lugares incultos, y en especial, en los cementerios de las aldeas.
- 47 *Gente*: nombre colectivo con que se designa a los jornaleros de una heredad.
- 48 *Paveros*: encargados de formar con las gavillas la *parva*, especie de ancha columna que remata en cono.
- 49 *Por hay*: por allí, por ahí.
- 50 *Roadador*: El mismo Dr. Cordero, en la obra arriba citada, al hablar de los tubos o canutos de la gramínea

que denominamos *sada*, se expresa en los siguientes hermosos términos: "Sirven éstos--dichos tubos--para la construcción de flautas campestres, sobre todo, de aquella que llamamos *rondador*, instrumento primitivo, de indiana melancolía, que, en la triste soledad de las montañas, parece interpretar, en dolientes sonos, el infortunio de una raza esclavizada. Con el *rondador* al pecho, peregrina el indio por selvas y pajonales, modulando los conmovedores yaravies de los Andes, que son el canto de su desdicha".

